

La Esfera

23 Diciembre 1916

Año III.—Núm. 156

ILUSTRACION MUNDIAL



ABRIL, cuadro de José María Rodríguez Acosta



DE LA VIDA QUE PASA

ALFONSO XIII, EL MISERICORDIOSO

MADAME Réval ha publicado recientemente en la *Revue des deux mondes* un artículo titulado *L'Oeuvre humanitaire de S. M. le Roi d'Espagne*.

Madame Gabriela Réval es una interesante y prestigiosa figura de la intelectualidad femenina francesa. Fracciona su talento en diversos aspectos: novelista, conferencista, periodista. Ha cultivado su espíritu con los libros y con los viajes. Ha publicado obras tan plenas de emoción, tan amargas de realidad como *Lyceens*, *Sevriennes*, *Lycee de Jeunes Filles* y sobre todo *La Bacheliere en Pologne*, que es hasta ahora lo más perfecto y culminante de su obra literaria. En sus viajes á América, como en su reciente viaje á España, llevaba la representación de *Le Journal*, de *Le Figaro* y de la *Revue des deux mondes*, y es en París la directora literaria de *La Prensa*, de Buenos Aires.

Cerca de dos meses ha estado madame Réval en Madrid y Barcelona, á cuyas ciudades la trajo el deseo de publicar un libro reflejando los diversos aspectos de la vida española contemporánea.

El primer capítulo de este libro es *La obra humanitaria del Rey de España*, y es tan interesante, está de tal modo repleto de revelaciones ignoradas por los españoles, que no resisto el grato empeño de comentarle.

No sorprenden por nuevos los elogios extranjeros á nuestro Rey. Antes del artículo de la señora Réval han llegado á Madrid otros ingleses, alemanes, franceses, italianos, rusos, que respondían á la pública opinión de los respectivos países. Los periódicos de aquí los reproducían y comentaban según de donde procediesen; porque, eso sí, antes que españoles parece que la mayoría de los periodistas de España son más alemanes que el Kaiser y más franceses que Poincaré.

El único español verdaderamente neutral es Alfonso XIII. De Su Majestad para abajo, unos por conveniencia, otros por romanticismo, éstos por aristocracia mental y aquéllos por intelectual indigencia, discuten, apostrofan, ensalzan y se agitan de mil maneras para demostrar lo que al otro lado de las fronteras están demostrando de un modo más viril y menos irrefutable que las zonzas controversias de café ó las enconadas polémicas periodísticas.

Y siempre con un resultado negativo. Al menos en lo que se refiere al interés nacional, ya que los intereses individuales de ciertos comerciantes en géneros ó en propagandas partidistas no pueden obtener más próspera finalidad.

En cambio Alfonso XIII conserva una neutralidad noble é hidalga, en la que vibra toda la generosidad de nuestra raza y en la que podemos tener una garantía positiva para el porvenir. No es la suya la neutralidad de los brazos cruzados, de la indiferencia—que aunque fuese aparente sería siempre indiferencia—contemplativa, del criterio obstinadamente contrario á toda intervención.

No. La neutralidad de nuestro Rey tiene una fuerza expresiva y misericordiosa. No cruza los brazos. Los abre á los distintos adversarios en un fraterno ademán de amor. Lejos de mostrar una actitud indiferente, deja fluir el sentimiento y la cordialidad como un bálsamo. Practica una intervención generosa, efusiva, que no envía nuevos soldados al otro lado del horizonte, sino intercambia súplicas con los más humildes súbditos y con las más altas personalidades de las naciones beligerantes.

Hubo un tiempo en que la expansiva y natural energía de la mocedad, hizo juzgar con cierta ligereza á nuestro Rey. Se hablaba de sus cacerías y de sus deportes como de una frivolidad incompatible con la suprema dirección del Estado. Encontraban ciertas propagandas republicanas una mentira del fuego propio que les faltaba en los artificiales y fugitivos de las palabrerías nacidas al amparo de aquel error.

Poco á poco se llegó á la rectificación del concepto popular respecto á la persona de Alfon-



MME. RÉVAL
Ilustre escritora francesa

LA NOCHEBUENA EN EL CORTIJO

Es la noche fría,
muy fría, muy negra...
Y en la noche negra y en la noche fría,
Dios, desde los cielos, bajará á la tierra...

ooo

Un temporal recio brama entre los árboles,
troncha los ramones, tumba las colmenas.
En los matorrales, aullan los lobos.
Entre sus rediles, balan las ovejas.
Corren los arroyos
por las torrenteras;
por la negra masa de los olivares
cruza un tren que brilla como la centella...
... Un preso y dos guardias
van campo atravesado;
doblan un recodo y una luz divisan
y oyen la guitarra de un cortijo en fiesta.
El mocito preso
lanza una blasfemia;
fuerza las esposas que le maniatan
y los recios puños á la altura eleva:
— "Noche maldecia..."
¿Quién, al verme, dice que eres Nochebuena?..."

ooo

Rien las mocitas
junto á la candela.
Roncan las zambombas viejos villancicos.
Lloran las guitarras "soleares" nuevas.
— Cierra la ventana,
hija mía, ciérrala...
— No la cierro, madre,
¡aunque me muriera!
Por allí lo pasan,
Por allí lo llevan.
¡Por allí va el hombre que me quiso tanto,
que por mi cariño llevará cadenas!"
Y lanzóse al campo
en la noche negra
y en la noche negra, en la noche fría,
¡Dios, desde los cielos, descendió á la tierra!

CRISTÓBAL DE CASTRO

so XIII. Ahora esta actitud suya frente al conflicto europeo ratifica la rectificación. Debajo de los arañes late un corazón de hombre. Ciñe la corona una frente capaz de pensamientos propios; y él, que tiene bravos ímpetus guerreros, ha sabido posponer las marciales ansias y entregarse á una labor pacificadora y dulce...

El artículo de la Sra. Réval ofrece elocuentes datos de esta actitud de nuestro Monarca. Recomendamos algunos de ellos.

A mediados de 1915 empezó Alfonso XIII á intervenir de un modo clemente y misericordioso en la guerra europea. Colaboró con el presidente Wilson en el *Comité National de secours d'alimentation*, que evitó mayores males á la cautiva y heroica Bélgica. Este era, sin embargo, uno de los aspectos, no el más importante, de la tarea que se impuso á sí mismo. Cotidianamente escribía á los jefes de los Estados beligerantes solicitando indultos é informes de heridos y prisioneros. Cotidianamente comenzaron á llegar al Palacio Real cartas ingenuas y trágicas firmadas por madres, por esposas, por ancianos ó por niños que presenten la orfandad.

Al principio se dedicaron dos salas de la secretaría particular del Rey para las oficinas de recepción, clasificación y expedición de correspondencia referente á heridos ó prisioneros de los ejércitos beligerantes. En Mayo de este año las oficinas ocupaban ya nueve salas y estaban empleadas en este trabajo, que dura desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, treinta personas, bajo la dirección inmediata del secretario particular del Rey, Sr. Torres.

Para clasificar esta verdadera «antología del dolor», se han imaginado diversos sistemas ficheros, divididos en dos categorías—militares y civiles—y subdivididos á su vez en otras tres series: *prisioneros*, *heridos*, *desaparecidos*.

Existe también la otra clasificación por nacionalidades, adoptando el color del libro diplomático de cada país: azul para los ingleses; verde para los italianos; cadmio para los rusos; amarillo para los franceses y los belgas, etc. De este modo es fácil hallar los datos que se desean, sin confusión posible entre los documentos reunidos desde el principio de la guerra y que alcanzan la cifra de 300.000.

Una vez leída y clasificada la carta en que un súbdito extranjero solicita informes de una persona de su familia, víctima de la guerra, se extiende la correspondiente hoja talonaria. Esta hoja está dividida en tres partes. La primera contiene el nombre, regimiento, compañía y grado del combatiente, así como la fecha de su herida ó desaparición y el lugar del combate. La segunda parte, impresa en tres idiomas, francés, inglés y alemán, repite los mismos datos y se envía en unión de la tercera, que va en blanco con el membrete *Resultado de la investigación*, á las embajadas de España en París, Londres, Berlín y Petrogrado.

«Cuando es imposible encontrar al desaparecido—muerto ó vivo—, la carta de los parientes se archiva de un modo definitivo—dice Madame Réval—. ¡Ay! Yo he visto en uno de los salones del Palacio Real 150.000 cartas de esta clase que representan el misterio de 150.000 existencias de las cuales tal vez no vuelva á saberse nunca más. Un verdadero ejército yace en este fichero bajo una cruz adornada con hojas de roble y de laurel. El Rey quiso poner el símbolo cristiano y el símbolo de la esperanza sobre estas cartas que atestiguan la vida de unos cuantos millares de hombres que fueron amados y que murieron por salvar á su país.

»De la muerte surgirá la vida, ha escrito una mano piadosa en el frente de este doloroso relicario del patriotismo francés.»

¿Qué mano ha sido ésta, movida por un corazón optimista?—pregunto yo.

Acaso la misma mano fuerte, un poco áspera—mano de guerrero y de deportista—, que firma las supremas decisiones de nuestra patria. La mano de Alfonso XII, el misericordioso.

José FRANCÉS

ACTUALIDAD ARTÍSTICA
UNA RETRATISTA INGLESA

Miss Nelly Harvey no es uno de tantos artistas como la guerra ha traído ocasionalmente á nuestra patria en busca de refugio para su persona y de nuevo mercado para sus obras. Miss Nelly Harvey vive en Madrid hace varios años y antes de conocer sus obras originales, nos había sorprendido la extraordinaria fidelidad de sus copias de Velázquez, Rubens, Tiziano y el Greco. Talento excepcional de copista el suyo, nos pareció al cotejar en el mismo Museo el cuadro del maestro y la reproducción que, portentosamente, con amor apasionado y con sabiduría técnica, iba realizando la mujercita menuda y rubia.

Luego vimos sus copias de Reynolds y de los otros grandes retratistas del xviii inglés, de las elegancias y los refinamientos.

Y por último, los cuadros propios, estos retratos que, á pesar de cierto convencionalismo un poco involuntariamente adulador, advertido en sus envíos á la Exposición Nacional de 1915, supimos adivinar.

En el Salón Iturriz hemos adquirido ya el pleno conocimiento de la pintura de Miss Nelly Harvey. La notable pintora inglesa reunió treinta y siete obras de las cuales cerca de la mitad eran retratos y el resto pequeños paisajes, con más una copia del retrato del infantil vizconde Althorp, por Reynolds.

Advertíase enseguida que Miss Nelly Harvey «no siente el paisaje». Aun siendo notas fugaces, imprecisas, hechas en lienzos de pequeñas proporciones, les falta la fuerza expresiva que tienen en cambio los retratos. Carecen de personalidad y les sobra tal vez un poco de literatura. Prueba de esta indiferencia instintiva, de lo que pudiéramos llamar incompatibilidad temperamental de Miss Nelly Harvey con el paisaje es que, á pesar del ejemplo de los maestros ingleses del siglo xviii ó de los venecianos del xvi y xvii tan amados por ella, prescinde de los fondos de paisaje en sus retratos y les arranca todo el vigor ó todo el dulce encanto sin preocuparse apenas de la composición ni de elegir otro fondo que una tonalidad neutra.



“Boceto para un retrato”, por Miss Nelly Harvey



MISS NELLY HARVEY
 Ilustre pintora inglesa

Otro comentario que nos sugiere el arte de Miss Nelly Harvey es su preocupación por los procedimientos. Le inquietan los diversos medios que puede emplear un artista en sus obras. Así puede afirmarse que pinta cada cuadro de un modo distinto y que tan pronto emplea finas transparencias, veladuras delicadísimas, como da una viril impresión con gruesos de color, con grandes masas sobriamente resueltas. La misma variedad de modelos ratifica este deseo latente de no anquilosar, de no amanerar su estilo.

Así, pues, nadie podría decir que este retrato del militar español curtido por el sol de Africa—y que es una de las mejores obras de Miss Nelly Harvey—ha sido ejecutado por la misma mano que se complació en las ternuras, suavidades y delicadas gamas del retrato de Doña Paquita de Salamanca. Ni que pudo ser pintado con tal identificación de la literatura exquisitamente emocional del autor de *Sirenas Mudas*, el admirable retrato del poeta

Goy de Silva y olvidar de pronto esta sugestión estética para hacer los otros ó de un general condecorado con innúmeras cruces. Y pasar de la sensual melancolía de este prodigioso boceto de retrato—en que se ve una mujer llena de crepusculares nostalgias—al dulcemente apasionado *Retrato de mi madre*.

Esta flexibilidad del temperamento artístico de Miss Harvey, esta diversidad de conocimientos técnicos, es lo que acusa la supremacía de su pintura y lo que ha dado lugar á tantos retratos de positivo mérito como la ilustre pintora inglesa expuso recientemente en el Salón Iturriz.

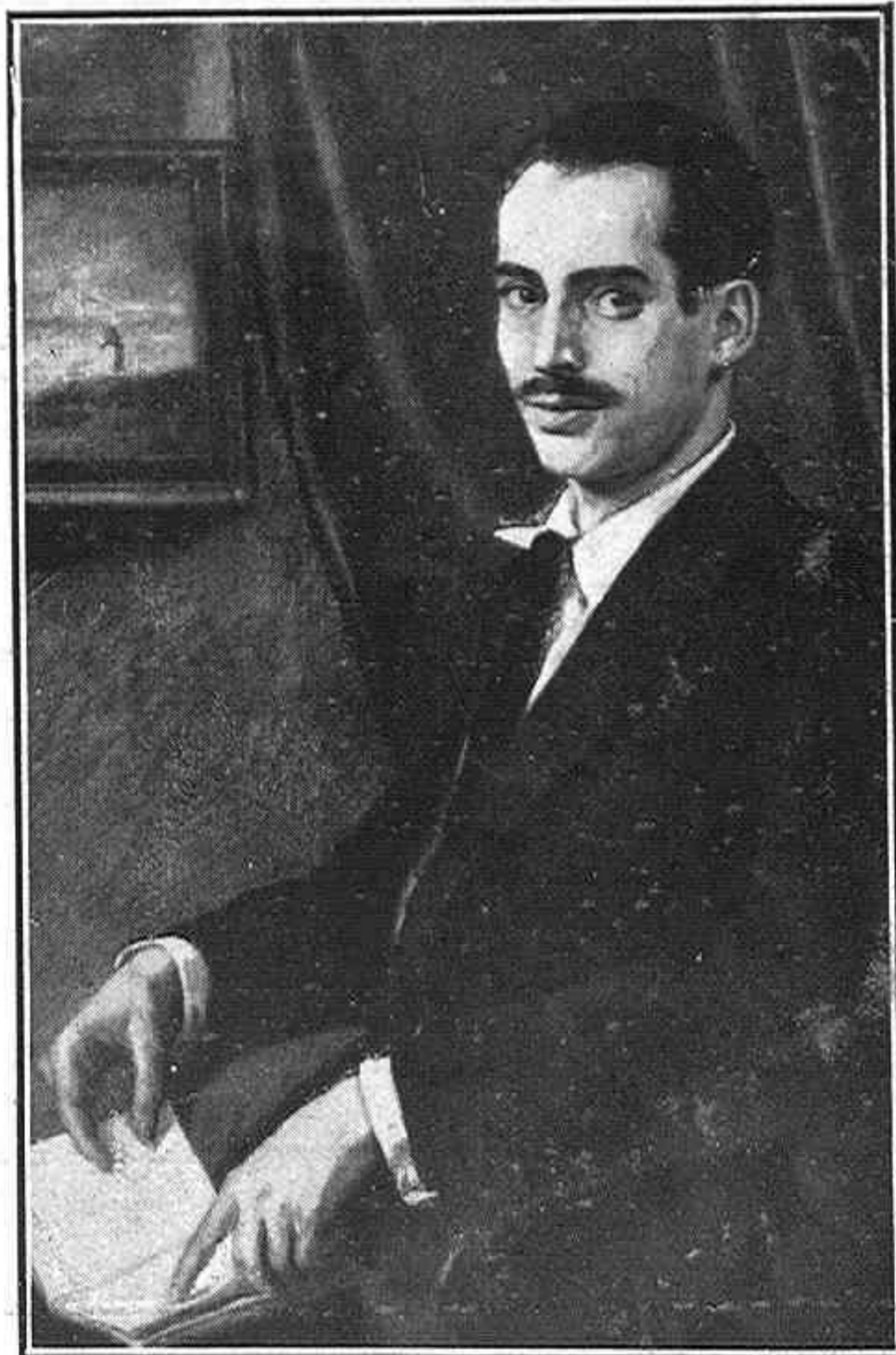
En ningún momento podrá decirse de su arte que tiene como única expresión los efectos de su temperamento femenino. Miss Nelly Harvey, que algunas veces tiene delicadezas y ternuras de mujer, pone otras en sus lienzos alardes de un temperamento viril y enérgico. Siempre sabe rendirse á la soberanía del Arte.



“Retrato de mi madre”

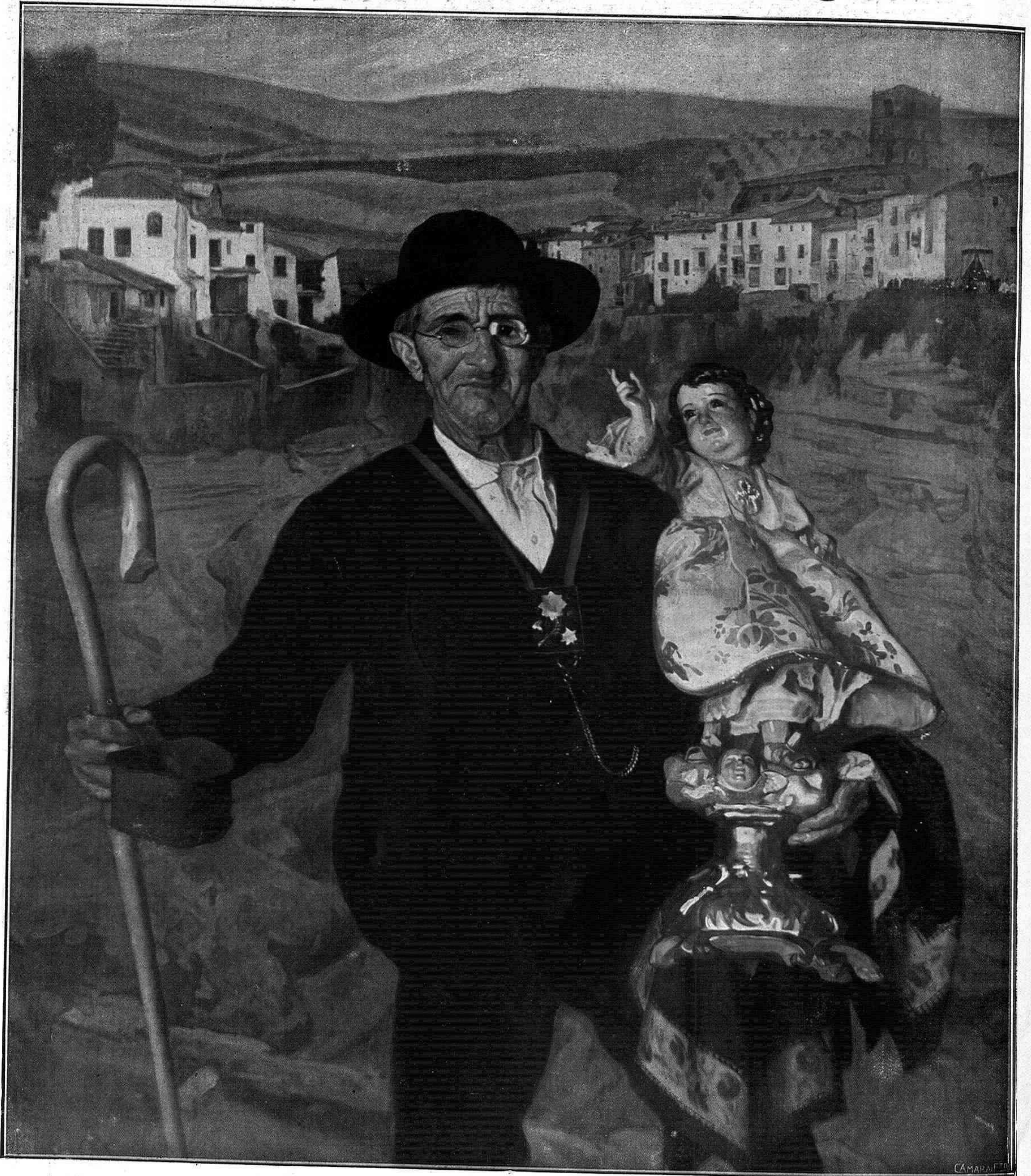


“Retrato de señora”
 (Cuadros de Miss Nelly Harvey)



“El poeta Goy de Silva”

TIPOS ESPAÑOLES



EL SANTERO

Cuadro de José María Rodríguez Acosta





'La bendición de la mesa', cuadro de Alejandro Ferrant

LA ILUSIÓN DE NAVIDAD

CUANDO ALBOREA LA VIDA...

La fiesta de Navidad, con su aroma de mística alegría, de tradición cristiana y de afectos familiares, lleva al espíritu infantil un mundo de ventura. La imagen simpática del Redentor con la inocencia de niño, atrae y subyuga a los pequeños con todos los arreboles de la fantasía soñadora; los «Nacimientos» tienen en su anacrónico conjunto un fondo de simbolismo de irresistible encanto; mezclan en consorcio heterogéneo tomillos que remedan cedros del Líbano, vidrios que serpentean imitando riachuelos, la lavandera acurrucada junto a la orilla, corderos faldeando el monte que nevó la harina; aquí el pesebre memorable, allí un guerrero con coraza y malisér y más lejos un torero en la comitiva de los Reyes orientales... Es un bendito alegato de todo lo que impresiona al alma juvenil, en esa edad dichosa de los sencillos juegos, de la ilusión rosada, del beso maternal, la travesura en la escuela, el miedo al polizonte y la admiración al soldado.

Todo embellece la vida, todo la rodea de un albo manto de inconsciencia que vela sus nebulras pesimistas, las que forman el bagaje enojoso de pesadumbres, lacerias, intrigas de malvados, odios de plebeyos y tiranías de poderosos.

La universalidad del suceso memorado, hizo también universal la fiesta; en las estepas dilatadas de la Rusia, como en las pampas de la América latina, así en el clima glacial como en las tierras ecuatoriales de los pueblos civiles,

tomó arraigo en los siglos la tradición bendita; fué su mensajero, el bello esplendor del Cristianismo que saludó a los pueblos cuando la Historia avanzaba; y el himno de la dicha de los niños, canta en todas las lenguas el triunfal «Gloria in excelsis» en el ocaso de cada año.

Del ambiente poético en las fiestas mencionadas, fluye con trazos más brillantes que la gloria, más dulces que el amor, la fecha de los Reyes; ella plastifica el ensueño y los anhelos que anidan en el tierno corazón de los infantes; las epístolas que escriben a sus majestades, expansionan con bullicio y algazara cuanto impresiona sus sentidos, cuanto aviva sus deseos; el sable y el tambor, el automóvil y la muñeca, la caja de mazapán... he ahí la pueril aspiración que vislumbran en sus sueños, al cerrar sus ojitos cuando aún balbucean sus labios la oración que les enseñó la madre.

Acarician su llegada con impacencias febriles; á través de candidez angelical, piensan en el corcel brioso de Gaspar, en la generosa largueza de Melchor y ven deslumbrados por destellos de realeza, los atavíos suntuosos del negro soberano.

La musa popular ha exornado con colores de leyenda la narración sagrada; juglares y bardos cantaron la aventura religiosa con acentos de unción; la pluma de literatos eximios la festejó en cuentos y relaciones bellas; pero grabó sobre todo la tradición, la palabra venerable del

abuelo, contándola con detalles de pragmático efecto en las gratas veladas del invierno, cuando al amor de la lumbre vaga en la cocina de la aldea sencillo ambiente de rancia historia conservada, de acendrado cariño, de lealtad y de plácida ventura.

La venda de la crédula bondad cae un día en la vida, entre satisfacción de la inteligencia indagadora que suplanta victoriosa a la fe infantil; ya aprendió el jovencuelo que es un mito la venida real de los reyes dádivosos; mas sigue colocando los zapatos en la losa del balcón, aguardando los regalos paternos...

Nadie diga que son mis líneas reveladoras; se escriben para los cautos, y quienes logren penetrar su sentido interno, es seguro que tienen muy pretérita la destrucción de la leyenda en el fondo de su alma.

Cuando trasmontan en el hombre los días viriles, reverdece su recuerdo la ventura que los Magos marcaron en el archivo de sus impresiones más lejanas; entrelaza entonces la ilusión pasada con la de los nietos que en ella se fascinan, y gozan de sus encantos por un fenómeno explicable de reversión, que da en la vida tonos eternos de niñez feliz.

¡Que nunca se esfume la ilusión que poetiza la fiesta, porque el aroma fragante de su candor es perfume delicioso y santo que alegra eternamente la vida!

EUSEBIO DÍAZ



GRANADA MORA Y GITANA

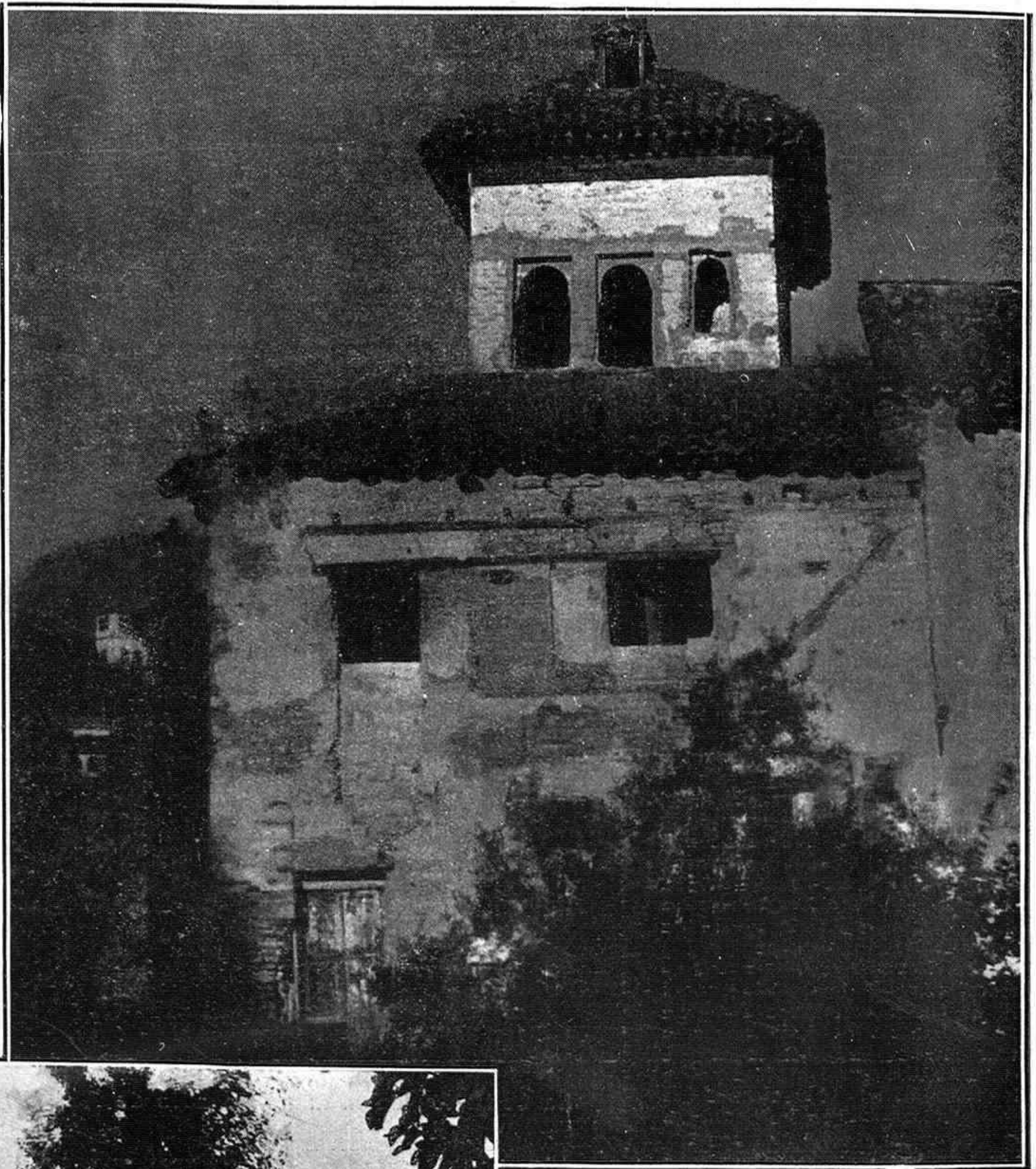
(Impresiones de un viajero)



El tren cruza por entre casitas blancas como palomas que durmieran en bandadas al abrigo del valle hondo. Las tejas hierven bajo el sol y los olivos ponen su nota verde, de un verde aterciopelado y obscuro en el limpio y profundo cielo andaluz. ¡Granada! ¡El suspiro del moro! ¡Los Reyes Católicos! ¡Aquí nació, puede decirse, nuestra América! El viajero ha sentido un leve estremecimiento de emoción.

Desde el Albaicín, cara á La Alhambra, las puestas de sol tienen un ímpetu rojo y ardiente, de voluptuosidad y de sangre. Allá arriba, en la sierra nevada, hay una suave coloración de ópalo que atenúa la intensidad. Cuando la noche empieza, cuando cesa el realismo de la luz, las flores de los cármenes despiertan y el aire se emborracha de aromas. La ciudad huele bien y en el ambiente perfumado se aspira la voluptuosa pereza musulmana; se adivina y se goza aquella paz de los antiguos moradores enamorados de la vida por el placer quietista de sentirse vivir.

En alguna calleja sinuosa que serpentea junto al río; en algún recodo pintoresco desde donde nos asietan unos graciosos ojos negros y la roja promesa de unos labios flor, hay una sensación de aventura amorosa, de trova y de puñalada; las fenicias torres *bermejas*, el exterior de la Alhambra, dan una impresión grandiosa, de solidez y de fiereza. *El peinador de la Reina*, *La torre de la Cautiva*, *El mirador de Lindaraxa*, la degollación de los Abencerrajes, contada por el guía, sugieren al viajero la visión de una sultana, jamás harta de amor, suspirando entre las frondas del Generalife. Entramos en La Alhambra, y atravesamos el patio de los arrayanes que listan heráldicamente de sombra verde el agua dormida de una alberca. Todo es árabe puro: un arco, otro arco, otro arquito, arabescos como de encaje, hechos con asiática paciencia; mosaicos, azulejos metálicos, colorines... El viajero da en el error de pensar que los moros no tenían fantasía. El moro no ensoñaba; el moro se adormecía, lánguido, después del baño, chupando su narguil mientras acariciaba las tibias morbideces de la favorita... La verdadera fantasía es la que crea una forma, la que da lugar al monstruo; el Centauro de los griegos es



la creación propia de un pueblo, de una fantasía. El moro vivía materialmente, y hasta su religión, falta de imágenes, era contraria á la fantasía.

Al caer de la tarde, el cronista se hizo conducir al Albaicín, el típico barrio de los gitanos. Topose primero con un pintoresco chalán, ginece en enjaezada jaca de formas femeninas y abombadas. Atusábase de vez en cuando las endrinosas persianas, azotaba á la bestia con un escamujo á guisa de látigo y cantaba una copla triste al ritmo del trote de la cabalgadura. Llegamos ante una cueva simulada. El capitán de los gitanos, un tipo moruno, enredista y tristón, nos invitó á pasar. En la casita—el interior de la simulada cueva—hasta una docena de mujeres, viejas y niñas, pintarrajeadas, llenas de apatuscos y colorines, nos brindaron la gracia de sus zalemas. Los calderos y las ollas pendían sobre el vasar lleno de redomas, botes y picheles, como menjurges para un embrujamiento. Y empezó la zambra. Era una zambra postiza, del género chico, con contorsiones lúbricas y repugnantes... Huímos. Tras el coche corrían unos gitanillos descalzos.

—¿Danusté una perríya, por zu zalú, zeñorito?

El cielo parecía de brasas, iba faltando la luz, y el sol, moribundo, ponía un reflejo metálico en la broza de las bardas.

.....
A la noche, otra vez en el tren, mientras el caserío albeaba dormido bajo la luna, el viajero evocó unas mujeres lánguidas, un sultán soñoliento, unos eunucos pálidos y temblorosos... y el agua de un surtidor llorando por todos...

FOTS. SOL

FELIPE SASSONE

CAMARA-ETO

PÁGINAS POÉTICAS



LAS DOS...

Mientras Luz se retuerce bajo el trémulo filo de su pena, en un ángulo de la estancia, en quietud armoniosa, un trasunto de la Venus de Milo, perpetúa el milagro de su augusta quietud.

Luz, que fué, por falacias de un don Juan seducida, y burlada, la fuga supo ya del infiel; y pensando en su honra, sin remedio perdida llora todas sus lágrimas, vierte toda su hiel.

... Entretanto, la diosa, que vivió en un pasado sin igual, en que el cuerpo, con divino impudor se ostentaba orgulloso, y amar no era pecado, con sus ojos sin lumbre mira aquel gran dolor.

¡Oh, modelo de Fidias, noble carne desnuda, esos brazos que faltan á tu estatua sin par, si cobrarlos pudieses, los tendieras sin duda á la hermana que llora su delito de amar!

Rodearas con ellos su cabeza; sus sienes en tus pechos altivos descansarás quizá, y á su oído dijeras: "¡Oh, mujer, ya no penes: amar, es, aun con lágrimas, el mayor de los bienes... El amor, aun sin honra, dios por siempre será!"

Amado NERVO

DIBUJO DE MARÍN

Marín

LA SOCIEDAD PATRIÓTICA DE BUENOS AIRES

LECCIONES DE ESPAÑOLISMO

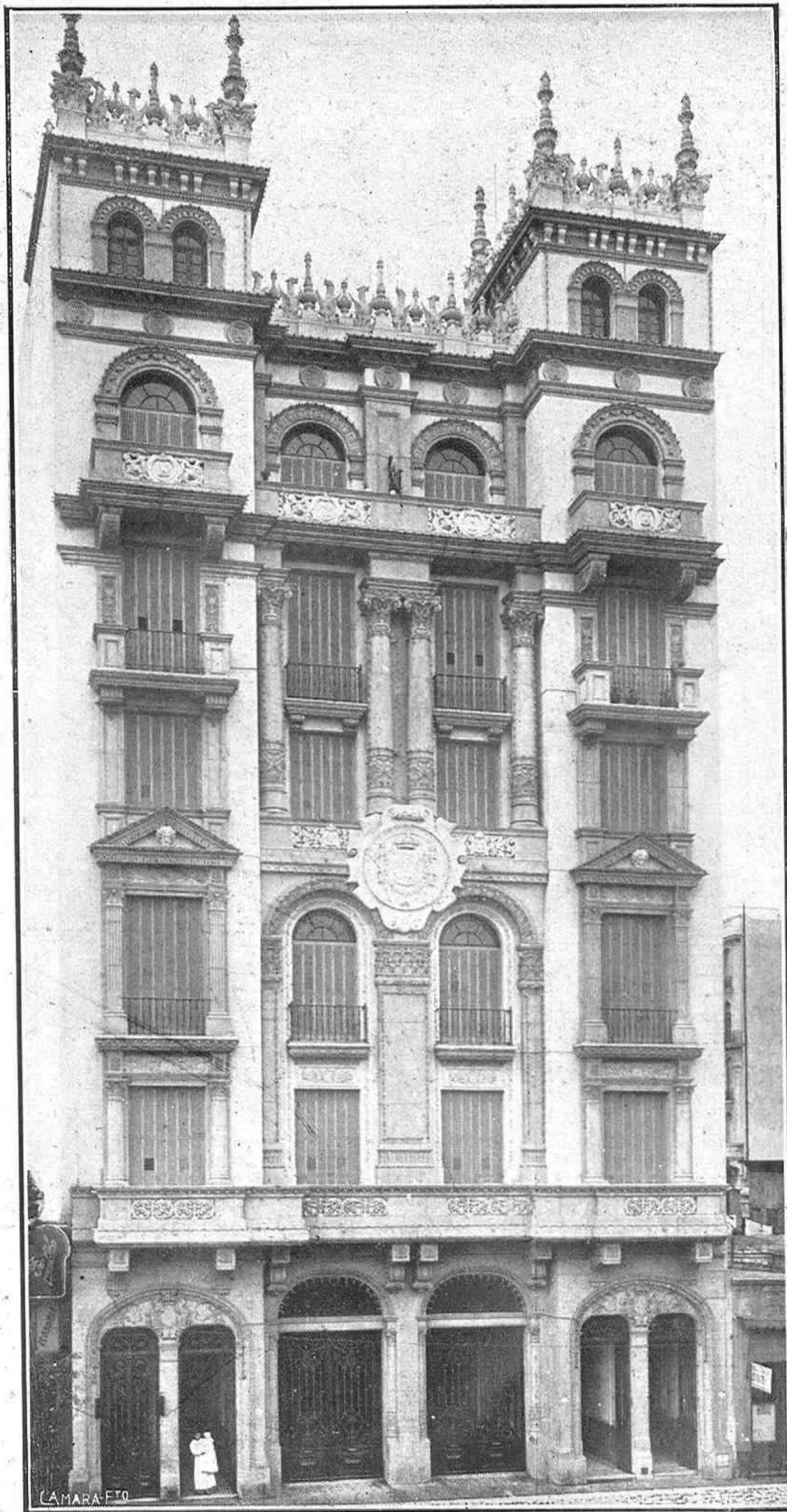
EN la calle de Irigoyen, de la espléndida y fastuosa ciudad de Buenos Aires, se alza un palacete, cuya fachada muestra un gran escudo de España rodeado del lema: «Todo por la Patria y para la Patria». Es la residencia de la Sociedad Patriótica Española; es como un templo alzado por la fe en la vitalidad de nuestra raza, por el amor á sus glorias y por la esperanza de que llegará un día, una hora, acaso no más, en que, purificada nuestra política vil, toda ficción y toda injusticia, el Estado y la Nación sean un mismo pensamiento y una misma acción unidos en un mismo anhelo de grandeza.

En España apenas se conoce la labor titánica que realizan los españoles que residen en la Argentina y que constituyen la sexta parte de aquella nación. Tampoco sabemos del esfuerzo realizado y de las amarguras sufridas por los españoles de Méjico. De Cuba misma, apenas acabado de romper el lazo político que nos hermanaba, vamos olvidándonos rápidamente, y allá, en la remota lejanía del Pacífico, nuestros compatriotas, señores ayer y dominados hoy, claman en vano sin que España les oiga, luchando por mantener la españolidad de aquella tierra filipina que ni colonizamos ni explotamos ni saqueamos, pero á la que dimos nuestro temperamento y nuestro idioma.

Así, admiran más estas prendas de la fe viril y activa que la raza española va sembrando por el mundo, junto á la incapacidad y á la poquedad y á la mezquindad caciquil del Estado español. Ahora mismo, en estos días en que en cada nación parece agudizarse ante los peligros de la guerra el sentimiento de compenetración entre el individuo y la colectividad, entre el ciudadano y el Estado, hemos visto cómo la Unión General de Trabajadores ha tenido que suplantar la acción del Estado español, remiso y vacilante en toda relación internacional, concertando con organizaciones obreras francesas, la protección y defensa de los españoles que emigraban buscando trabajo y á los que se engañaba y vejaba y escarnecía y á los que, por lo visto, no servía de amparo ninguno la ciudadanía española.

Así, únicamente, aceptando esta idiosincrasia singular del Estado español, que sigue teniendo la noción de ser un poder absoluto enmascarado con la ficción de una democracia; de ser un poder por encima de la Ley y del Derecho; de ser un poder que puede disponer de la hacienda y la vida de sus ciudadanos, sin tener para ellos obligación ninguna, se conciben las amarguras que ha hecho padecer á la Asociación Patriótica Española, y maravillaría este intenso patriotismo de quienes no rasgan su cédula nacional y convierten en patria espiritual la que adoptaron para vivir, si toda nuestra Historia no fuese una doliente repetición de este suceso.

Nació la Asociación Patriótica Española en las horas amargas de nuestro desastre colonial, y su primer acto fué reforzar con el buque *Río de la Plata* aquella nuestra escuadra destinada al sacrificio que parecía necesario al Gobierno, para que se engendrara el abatimiento del espíritu público. Luego, en suscripciones nacionales y otros donativos, aquella Asociación ha enviado al Gobierno español siete ú ocho millones de pesetas. No ha habido una adversidad en la Península á cuyo remedio ó compensación no



Fachada del edificio de la Sociedad Patriótica de Buenos Aires

hubieran acudido aquellos hermanos nuestros: los inundados de Málaga, los naufragos del Cantábrico, los soldados heridos de Melilla y otros, saben bien las prodigalidades de esta caridad. Y allá, en las inclemencias de la emigración, esta Asociación Patriótica hace todo lo que el Estado deja de hacer: busca trabajo ó colocación á más de cuatro mil españoles; da albergue y comida á más de tres mil y repatría á un millar que no encontraban acomodo. Ante los tribunales argentinos defiende á los españoles vejados y ante aquella sociedad rinde homenaje á cuantos españoles ilustres llegan allí, desde la Infanta Isabel á Benavente y Altamira.

¿Sabéis cómo pagó el Gobierno español—el Gobierno anterior presidido por Romanones—

esta obra de españolismo? Dando poderes á un abogado argentino—precisamente á un político que labora activamente por la nacionalización argentina de los españoles—para que llevase á los Tribunales á la Asociación y allí le arrancase una parte de su capital social, con un arbitrio de leguleyos que asombraría si cada día en nuestra propia España no se emprendieran asechanzas de más monta.

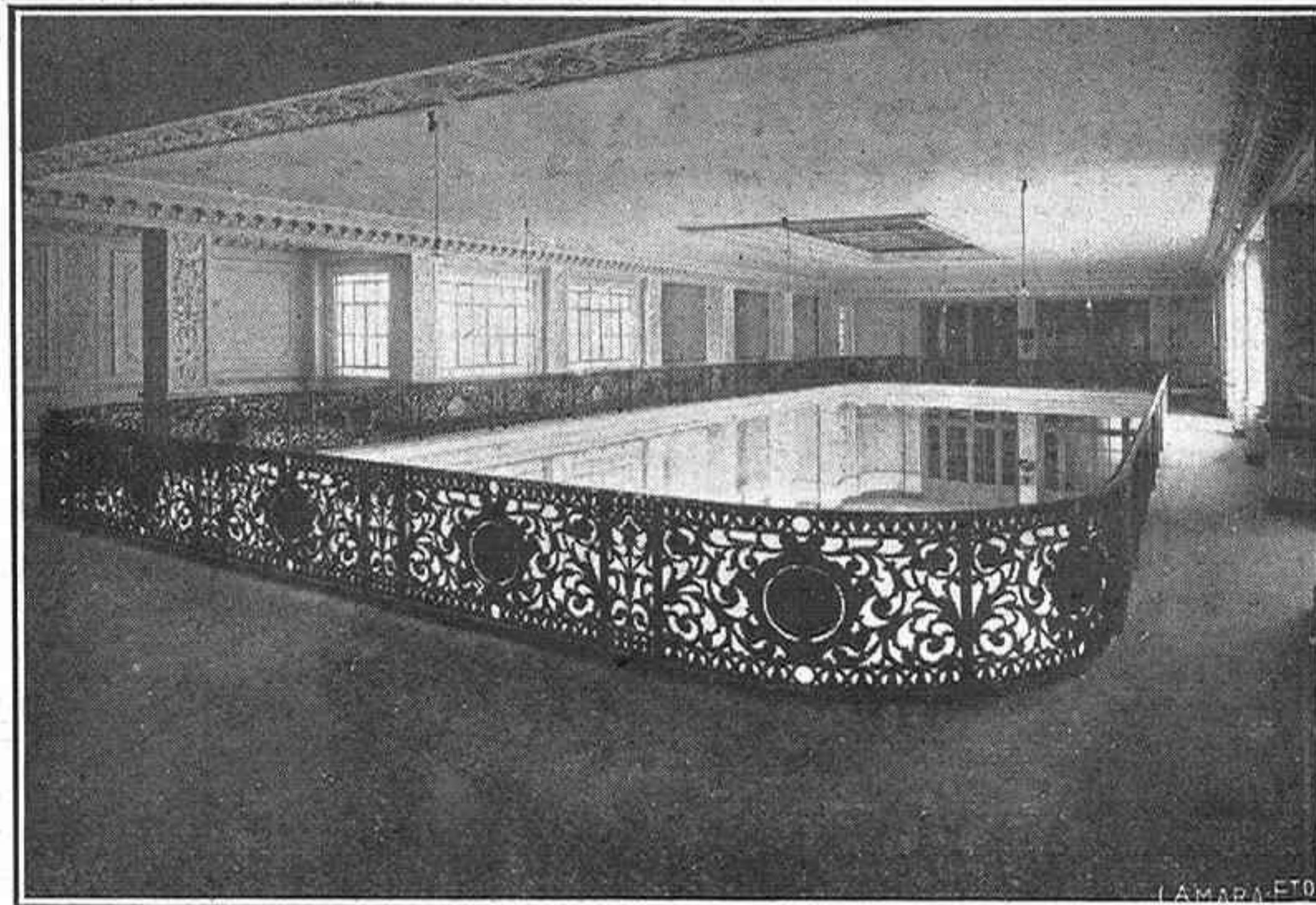
En 1898, aquel español de cuya existencia supo España cuando Peral hacía las pruebas de su submarino, D. Carlos Casado del Alisal y su esposa donaron á la Asociación Patriótica Española doscientas leguas de terreno en el Chaco Paraguayo para que las vendiese en la forma y por el precio que sus Juntas determinasen, destinando el importe de cien leguas para aumentar la suscripción nacional iniciada por la Reina Regente con destino á los gastos de la guerra con los Estados Unidos. Doscientas leguas de terreno en el Chaco Paraguayo no son—y mucho menos eran en aquella época—un solar en la Puerta del Sol que tiene prestos apeteceadores. Precisamente por entonces un explorador vasco había sido allí asesinado por los indios. Pasaron diez años sin que se presentase comprador; pasó, á la vez, nuestra tragedia colonial. La pobre escuadra española quedó alta incendiada en la playa de Cavite, hundida en la costa de Santiago, toda gloria y toda imprevisión, resultando culpable de todo ello aquella villanesca figura de Meco que en labios de Montero Ríos se burlaba cínica de nuestros soldaditos muertos, de nuestros marinos ahogados, de nuestro territorio despedazado, de nuestra Historia mancillada. En ese lapso también había muerto el donante D. Carlos Casado.

Su viuda y sus herederos se presentaron ante notario y declararon que, habiendo acabado con haría mengua la guerra con los Estados Unidos, y liquidándose la suscripción nacional, sin que en todo ese tiempo el Gobierno español se hubiese preocupado para nada de las cien leguas del Chaco Paraguayo, mantenían su donación á la Asociación Patriótica, pero sin carga ni objeto, y solamente para que cumpliera en mayor escala sus fines benéficos y patrióticos. Por otra parte, la Asociación no podía hacer más por España; le había regalado un buque de guerra, había entregado al Gobierno siete ú ocho millones de los que no había pedido cuenta y había enviado cuantos voluntarios pudo reclutar para el epílogo que pusimos á la adversidad del Barranco del Lobo. Por entonces se vendieron las doscientas leguas de terreno en el Chaco Paraguayo á pagar en varios años y previo un deslinde, que era lento y costosísimo.

Ya la Asociación Patriótica era rica; ya podía construir un palacio para su residencia; ya podía organizar una amplia oficina para procurar trabajo á los emigrantes españoles sin ventura y darles albergue y alimento y repatriar á los desfavorecidos, no á centenares, como lo había hecho cada mes, sino á millares. Ya podría enviar grandes sumas á la Península para remedio de nuestras inundaciones, nuestras epidemias y nuestras hambres... Y como ya era rica, se le pidió particularmente que, en lugar de hacer todo esto, que era su obra propia, edificara un palacio para la Legación de España en Buenos Aires. ¡Mientras tanto, la policía ahuyentaría de las ca-



Escalera y vestíbulo, con el busto de Casado del Alisal, obra de Blay

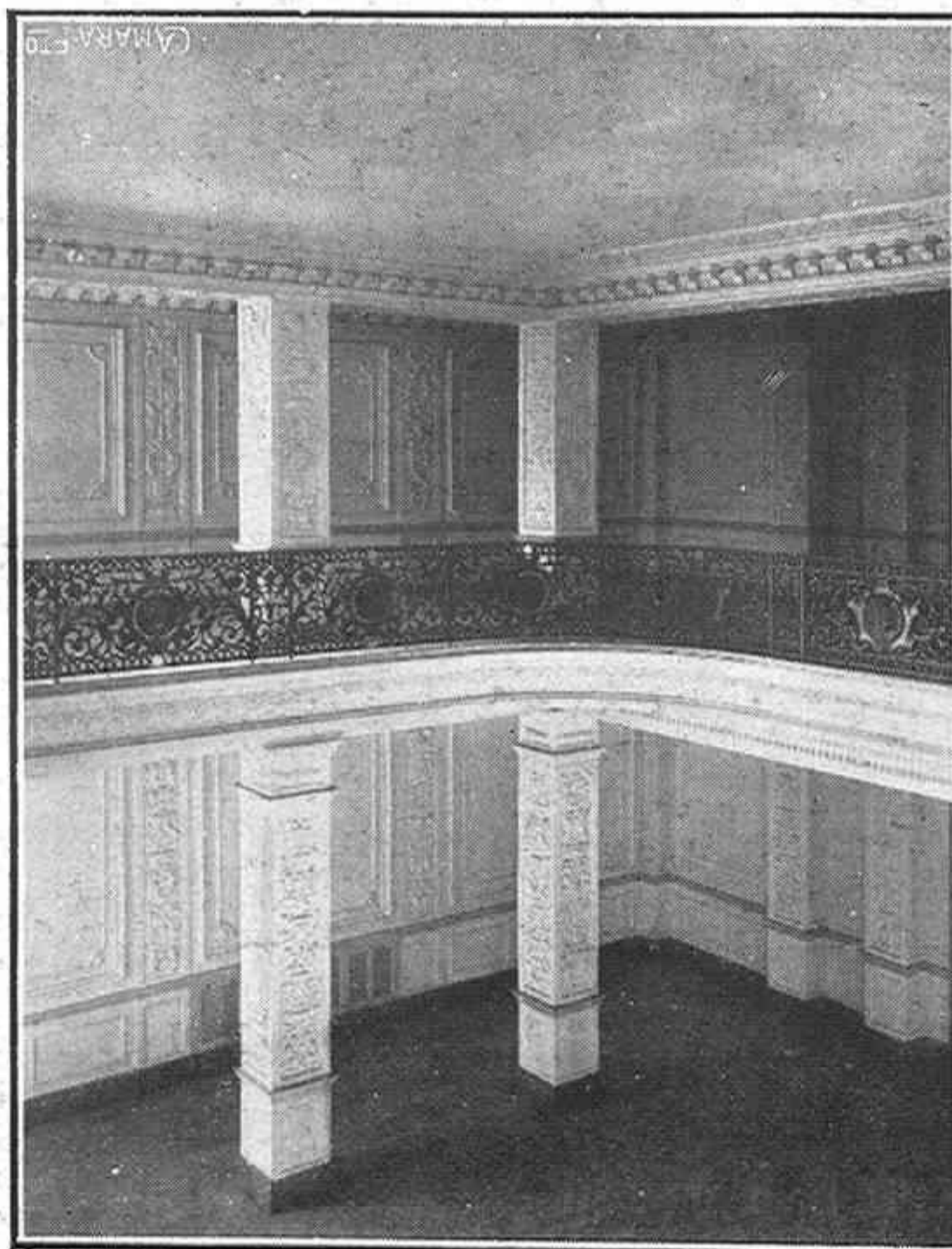


Vista general de la gran galería, sobre el salón de actos

les céntricas á las manadas de españoles sin trabajo y sin albergue y allá en los suburbios, en las duras noches, dormirían amontonados á la intemperie!

Entonces, ante la lógica negativa, al Gobierno de Romanones se le ocurrió el fácil arbitrio leguleyesco. Sin previa reclamación particular, teniendo de ello la primera noticia por el cablegrama de un periódico, el Gobierno encomendó á un abogado argentino la españolería andante —¡oh, vigilante maestro Cavia, ¿cómo quedó el hecho sin su comentario?— de llevar ante los Tribunales á la Sociedad españolísima y arrancarle las cien leguas del Chaco Paraguayo.

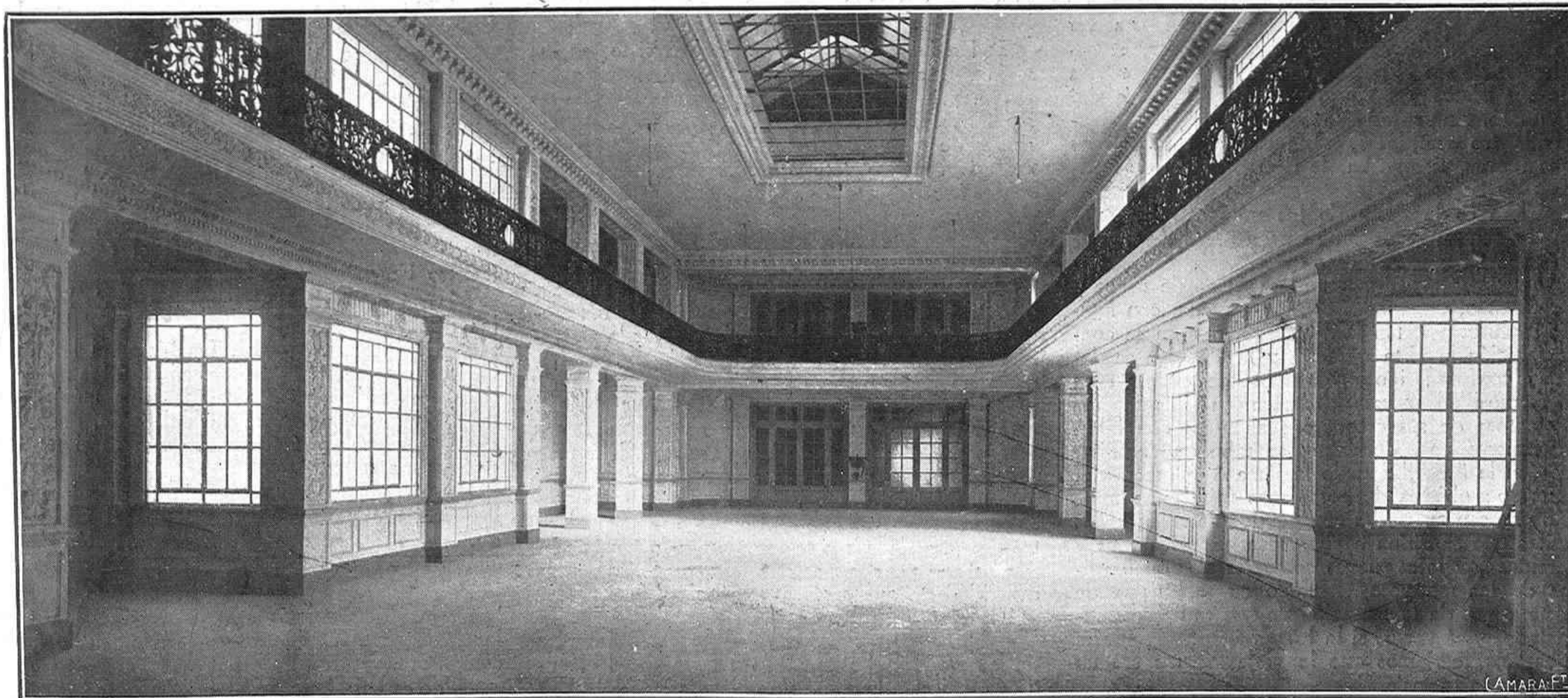
¡Ante la América latina que queremos conquistar espiritualmente aparecía el Gobierno español, que olvida y desampara á sus emigrantes, que los entrega desvalidos á toda crueldad en San Paulo y Panamá y Méjico, persiguiendo á una Sociedad española, pleiteando con quien le había dado millones! Y fué la Patriótica quien transigió. Su acuerdo dice que ella fué «obra concebida al choque fulgurante del amor á la Patria y que por ella y para ella nació vigorosa y tiene aliento y vida y es la más interesada—¡más que el Gobierno español!—en velar por los prestigios españoles en América.» Y entregó 500.000 pesetas al Gobierno. Un periódico español escribió unas amargas palabras: «El Gobierno español jamás ha recordado con un gesto amistoso á la colectividad española de la Argentina.» Pero en la fachada del palacete de la calle de Irigoyen sigue orgulloso el escudo de España rodeado del lema: «Todo por la Patria y para la Patria».



Detalle del salón de actos

¡Suprema lección de españolismo! ¡Suprema fórmula del nacionalismo español que un escritor ha condensado en estas tremendas palabras: «Somos españoles, á pesar de España!» Y se repiten esas palabras en todo el Continente colombiano, y repercuten en la lejanía del Pacífico y ya también comienzan á decirse en la costa cercana de Marruecos. Donde quiera va la España oficial, la España política que detenta las dos soberanías constitucionales, va la injusticia, la imprevisión, la soberbia y la necesidad; donde quiera va la España étnica, el pueblo sufrido y resignado, va este esfuerzo espiritual que no se agota en la raza á través de todos los errores de los siglos. Y ante el suceso acaecido á la Asociación Patriótica Española, cabe preguntar de qué han servido esas quinientas mil pesetas caídas en el pozo Airón de nuestro presupuesto, y á la vez qué desgracias españolas y qué adversidades de hermanos nuestros ha dejado de remediar aquella Asociación por haberle arrebatado la España oficial ese medio millón, que era suyo. Precisamente mirando á la raza hispana que se está forjando fuera del solar metropolitano, es forzoso pensar hasta cuándo va á durar esta dualidad de España; esta persistencia del Estado en ser una cosa distinta de la Nación. Acontecerá que así como hoy los mejores españoles, lo son á pesar de España, algún día aquí podrá quedar el Estado; la patria estará donde haya corazones, como los sustentadores de la Asociación de Buenos Aires, que sepan enaltecerla...

MÍNIMO ESPAÑOL



Salón de actos de la Sociedad Patriótica



CUENTO PARA MUJERES

El milagro de la porcelana

CUÁNTAS veces se habrán extasiado mis lectoras contemplando esos lindos juegos de té, de porcelana china, sorprendidas al ver la riqueza deslumbradora de sus colores, el esplendor de sus filigranas, la finura y transparencia de sus platos y tazas, la gracia y armonía del conjunto. En verdad que suspende el ánimo y maravilla los sentidos la vista de estas porcelanas que fueron, tiempo ha, la desesperación de Botícher de Sajonia.

China es la tierra de los milagros. Su arte, su ciencia, su industria, parecen obras de magia, trabajos de gnomos escrutadores, de hadas, de silfos, de seres sobrenaturales; cajas de cedro y de sándalo, taraceadas caprichosamente con figuras multiformes, tan complicadas, que en su contemplación la vista se cansa y la atención se detiene confusa; idolillos de bronce que, en su monstruosidad misma, revelan la imaginación portentosa de sus creadores; abanicos con dibujos enigmáticos, donde no se sabe qué admirar más, si la flexibilidad de la línea ó la gracia del colorido; objetos de porcelanas frágiles, aéreas, que parecen amasadas con pétalos de rosa; sedas sutiles que se dirían hechas para vestir á ninfas y nereidas; papeles suaves como las alas quebradizas de las mariposas... Todo en esta tierra de misterio nos da la sensación de que es un país encantado, y, á veces, si la Historia y la Geografía callaran, creeríamos que la vieja Xerica era un reino de la fantasía.

La porcelana es un verdadero milagro de la industria china y, como todo milagro, tiene su

leyenda, su antañona tradición. Escuchad, pues, la voz del pasado. ooo

Mil quinientos años antes de Jesucristo, en esa vieja Xerica, vieja como el mundo, la alfarería era la principal industria, á la que consagraban sus mayores desvelos tanto el pueblo como los emperadores, y éstos, deseosos de hacer progresar aquel nuevo venero de riqueza, hacían encargos irrealizables á obreros y artífices, que, muchas veces, al no poder cumplirlos, recibían castigos en los que había refinamientos tales de crueldad, que sólo podríamos comprenderlos leyendo *El Jardín de los suplicios*, de Octavio Mirbeau, ó los viajes del explorador español León Hermosto. Cuando mayor era el entusiasmo por la alfarería, comenzó á llamar la atención de todo el imperio un artífice que trabajaba en un horno de porcelana. Este obrero llamábase Pussah. El amo del horno, un hombre necio y vanidoso, conocido por el nombre de King-te-tchin, halagado por los triunfos que su casa obtenía, se presentó ante el hijo del Cielo y habló así:

—Señor, ya ves que mi horno no tiene rival en todo el imperio. Creo que nadie puede igualarme. Así es que puedes pedir lo que te plazca, en la seguridad de que serás satisfecho.

El Emperador contestó:

—Quiero porcelana impalpable como las alas de las moscas; pulimentada y tersa como el cutis de una niña hermosa de quince años, del color azul y nacarado del cielo de primavera cuando aparece la aurora.

Algo confuso quedó el soberbio industrial, pues no supuso que su dueño y señor fuera á pedirle semejante gollería.

Sin embargo, King-te-tching comunicó á Pussah los deseos del soberano.

Pussah, que desde muy joven sintió el espíritu de sacrificio, respondió humilde, después de prosternarse siete veces ante su amo.

—El hijo del Cielo lo manda y no hay nada imposible para la voluntad del hijo del Cielo. Prepararé el horno convenientemente, y si se necesita mi vida para satisfacer el capricho de nuestro Emperador, me sacrificaré.

Mas, á pesar de los buenos deseos de Pussah, los días y los meses pasaban sin que del horno saliera la porcelana ideal. En tanto, el hijo del Cielo amenazaba con duros castigos á los mandarines, éstos, á su vez, prometíanse los más severos á King-te-tchin, el dueño del horno, que juró matar á Pussah y á todos sus obreros si no lograba sus anhelos.

Pussah gemía; King-te-tchin se disculpaba y los mandarines significaron al hijo del Cielo los obstáculos que se oponían á la realización de la empresa. Pero el Emperador era inexorable.

Pussah, después de múltiples ensayos, intentó hacer la última prueba; preparó el horno, y con la fé de un mártir que va al sacrificio, dijo á su compañeros:

—Yo os juro, hermanos míos, que esta vez cumplo el encargo del Emperador. El horno arderá con el mismo fuego durante un día con dos noches

LA ESFERA

sin alteraciones, y si es preciso, lo avivaré con mi propio cuerpo.

Y Pussah, empuñando la pala de alfarero, soltó una carcajada estridente. Todos creyeron que se había vuelto loco. En parte, tenían razón: los locos, los mártires, los héroes y los suicidas son frutas de un mismo árbol.

Un momento después todos los obreros contemplaron cómo el pobre Pussah era un montón de cenizas, y en su terror sin límites creyeron oír la sempiterna carcajada del mártir.

Cuando se apagó el horno, al retirar los restos de la víctima propiciatoria, vieron que el triunfo había sido completo. Las maravillosas porcela-

El éxito había coronado la difícil empresa, pero costaba la vida del heroico Pussah.

Y he aquí, mis amables lectoras, cómo el secreto de hacer esos lindos juegos de té que son el regalo de vuestros bellos ojos, costó la vida de un hombre, y he aquí también por qué desde entonces los alfareros chinos han elevado al mo-



Los obreros fueron quedándose en vela. El horno ardía con perfecta uniformidad. Llegó el turno de Pussah, y pasado éste, cuando fueron á relevarle, le llamaron y no contestó. En el interior del horno estaba rodeado de una luz plateada. El artífice había cumplido á los dioses su promesa de avivar el fuego del horno con su propio cuerpo.

nas obtenidas en los hornos de King-te-tchin, según dice un autor chino, «eran azules como el cielo de primavera cuando aparece la aurora, brillantes como un espejo, delgadas como el ala impalpable de una mosca, sonoras como un *kink*, semejantes, por su brillo y tersura, al cutis de una hermosa niña de quince años.» Unas porcelanas dignas del abnegado sacrificio del obrero.

desto artífice á la categoría de *dios* bajo el nombre de *genio del contento*, y en los hornos de porcelana han colocado su altar, donde aparece con su figura gruesa, rechoncha, y abierta su boca de oreja á oreja en una sempiterna carcajada.

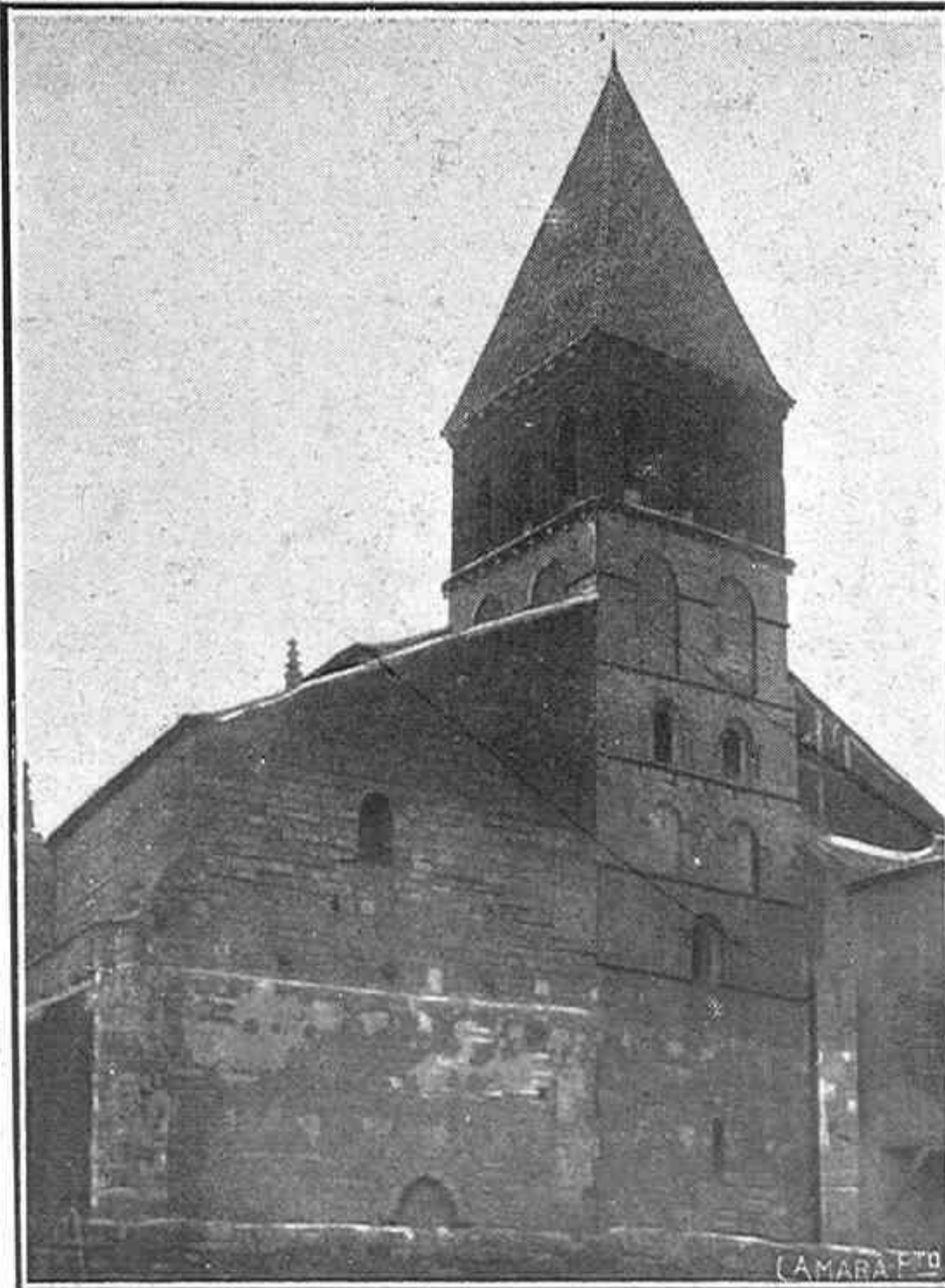
FEDERICO TRUJILLO

DIBUJOS DE BARTOLOZZI

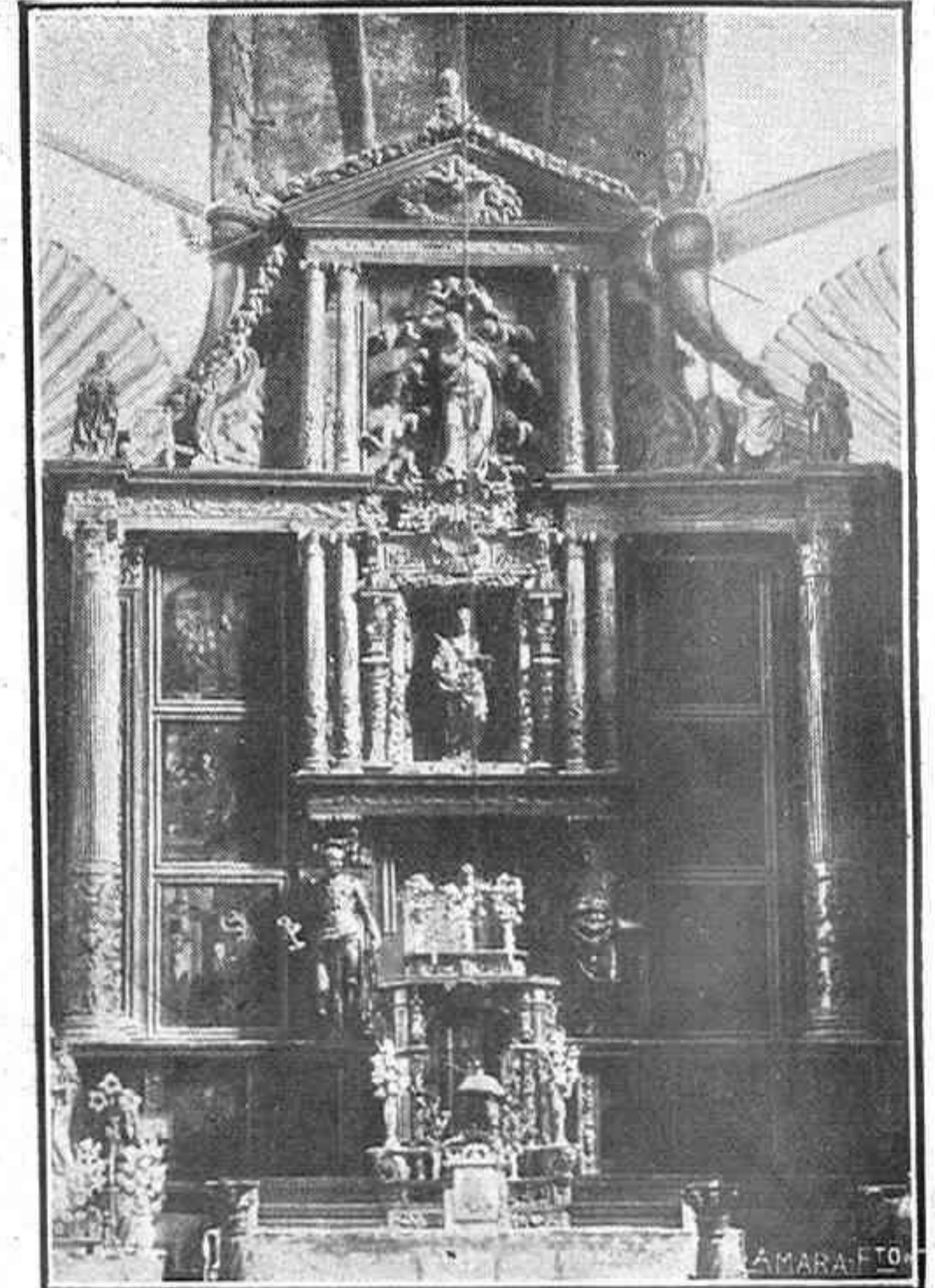
ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL
LA IGLESIA DE SANTA EULALIA, DE PAREDES



Grupo escultórico perteneciente al retablo mayor



Torre y fachada Sur de la Iglesia de Santa Eulalia



Retablo mayor, obra de Berruguete y Lucas Jordán

De las cuatro parroquias que cuenta Paredes de Nava, hermoso pueblo de la provincia de Palencia, destácase, por su gran mérito arqueológico, la llamada de Santa Eulalia, á la cual dedicamos esta información.

Es esta iglesia, de pobre y humilde aspecto y de austera sencillez en su estructura exterior, un ejemplar curiosísimo y muy notable del arte románico, pudiendo admirarse las exquisiteces de este estilo en la hermosa torre del templo, y singularmente en el magnífico labrado de los capiteles de las columnas que flanquean la nave principal, cuyas proporciones son grandiosas y espléndidas.

Posee esta parroquia un interesante retablo, de primorosa construcción, en el cual figuran unas admirables esculturas que constituyen el principal mérito de la obra, y que fueron talladas por Alonso Berruguete, notabilísimo escultor que, como su padre, el gran artista del pincel Pedro Berruguete, vió la luz en el histórico pueblo de Paredes de Nava. A este mismo escultor se deben, asimismo, unas bellísimas imágenes, esculpidas en alabastro, que son verdaderas joyas artísticas. (De estas imágenes, que se conservan con exquisito cuidado, publicamos una fotografía.)

Como decimos al principio de este trabajo, son cuatro las parroquias que cuenta Paredes de Nava, y con ser notables todas ellas, ninguna, como la que motiva estos renglones, es digna de la atención de cuantos gustan de recrearse en la contemplación de estas viejas reliquias que, á modo de valiosa herencia, nos han legado los siglos.

El estado de conservación de este templo, con no ser del todo admirable, no es digno de cen-

sura, y nos complacemos en manifestarlo, como en anteriores ocasiones no experimentamos vacilación alguna para lamentarnos del abandono en que se encuentran numerosos monumentos, tan dignos y merecedores de atención y cuidado como este que hoy nos ocupa.

Y ahora, séanos permitido dar al lector algunos ligeros detalles acerca de la historia de esta villa denominada Paredes de Nava, ya que tal vez sea uno de los pueblos españoles en cuyo territorio hayan tenido lugar más hechos memorables.

No es nuestra idea, ni mucho menos, el hacer una minuciosa reseña de los anales históricos de este pueblo, pues aparte de que el espacio de que disponemos es muy escaso, no es esa tampoco nuestra misión en estas páginas.

Fernando II, rey de León, fué el fundador de esta villa en las postrimerías del siglo XII y

más tarde, la tuvo bajo su dominio el monarca Juan II, quien hizo donación de ella, con el título de condado, al maestre de Santiago D. Rodrigo Manrique. Este ilustre prócer mandó construir en Paredes de Nava un soberbio castillo señorial, que más tarde sirvió de morada á los miembros de su familia, en los cuales fué recayendo, por herencia, el honroso título de condes de Paredes. También poseyeron el señorío de Paredes de Nava, primero, D. Juan Núñez de Lara, que lo obtuvo por la magnanimidad del rey D. Pedro, y después, un hidalgo aragonés, llamado D. Felipe de Castro, hermano político del soberano Enrique II. Pero esta posesión, que le llenó de orgullo y soberbia, fué fatal para el de Castro, pues al presentarse á cobrar los tributos que había impuesto, fué muerto por los de Paredes. A raíz de esta muerte, posesionáronse nuevamente los ilustres señores de Manrique del señorío de la villa, el cual ostentaron durante muchos lustros.

En el año 1269 y cuando el invierno dejaba sentir más intensamente sus rigores, libróse en las inmediaciones de Paredes un bélico encuentro, que si bien hubo de terminar con la derrota del Infante don Juan, pretendiente al trono de Castilla y señor, en aquella fecha, de Paredes de Nava, sirvió esencialmente para acreditar una vez más la fama de valerosos que gozaban los naturales de esta villa, pues no obstante ser mucho más reducido el número de combatientes que el de sus adversarios, supieron batirse con verdadera heroicidad y no cesaron en su desesperada y tenaz resistencia hasta que, dominados por la superioridad del número, fueron cayendo heridos y maltrechos.



Magníficas esculturas de alabastro

FOTS. LUIS R. ALONSO

L. G.

EN LA TREGUA DE LA NOCHE



"Los Reyes adorando al niño Jesús", cuadro de Rubens

Aún resuena entre las oquedades, declives y hondonadas del ancho paisaje un eco ronco, trepidante, un eco que tiene vibraciones de odio y tembleteos de rabia; es la voz de las bocas de acero que dejan escapar, vez á vez, incesantes, las jaurías aulladoras de la muerte. Aún, todavía las gasas venenosas de esas nubes traidoras que á ras de tierra se extienden, para robar la luz y el aire, hasta que el viento las desgarran y vence, flotan aquí y allá, como restos de clámide enganchados ora en la aguda broza del talado bosque, ya en los repliegues del terreno ahondados por mano infernal en forma de cráteres ó con aspecto de fosas.

Una amplia explanada de tierra se extiende á la vista; tierra movida, convulsionada, donde las garras de las furias han dejado impresas sus huellas. Parece este campo de costra blanda, fofa, pestilente, formado sólo de tierra húmeda, sobrante de algún osario monstruoso.

De un punto á otro del paisaje distínguese un blanco cintal que lo divide en trazos sinuosos y absurdos; son las crestas blancuzcas de las trincheras, en cuyas misteriosas zanjas unos hom-

bres acechan ávidos de dar la muerte, envenenados hasta el corazón por un bárbaro odio y con los ojos cegados por la luz roja de la sangre y de los incendios.

Esta horrible lucha es tan incesante y ya tan prolongada que esos hombres que sin compasión se matan, son ya los hijos de los que empezaron la tragedia del odio.

Una luz misteriosa que ha surgido de pronto, ha hecho enmudecer los lúgubres cantos de la muerte; y esa luz, semejante á un reflejo sin núcleo ni foco, se ha posado en una colina que levemente emerge allá, en la más ancha extensión del paisaje, que circundan á un lado y á otro las grisáceas crestas de la trincheras rivales.

¿Qué milagro de paz se ha producido que nada se escucha en la hosca planicie?

En la misteriosa luz de la colina, como á un mágico conjuro, van apareciendo lentamente figuras y contornos de humanas apariencias; hasta que la visión se concreta y las vagas imágenes toman forma. Una caravana numerosa parece acudir al reflejo de esta luz: hombres cu-

biertos con mantos recamados de oro y de púrpura, seguidos de lujoso séquito de servidores y esclavos avanzan lentamente; tras ellos van otros hombres y mujeres de traza humilde: pastores, campesinas, labradores y zagales; todos siguen idéntica ruta y todos entonan el mismo canto, dulce como una epifanía.

¡Gloria, gloria: el Hijo de Dios nace en la tierra!

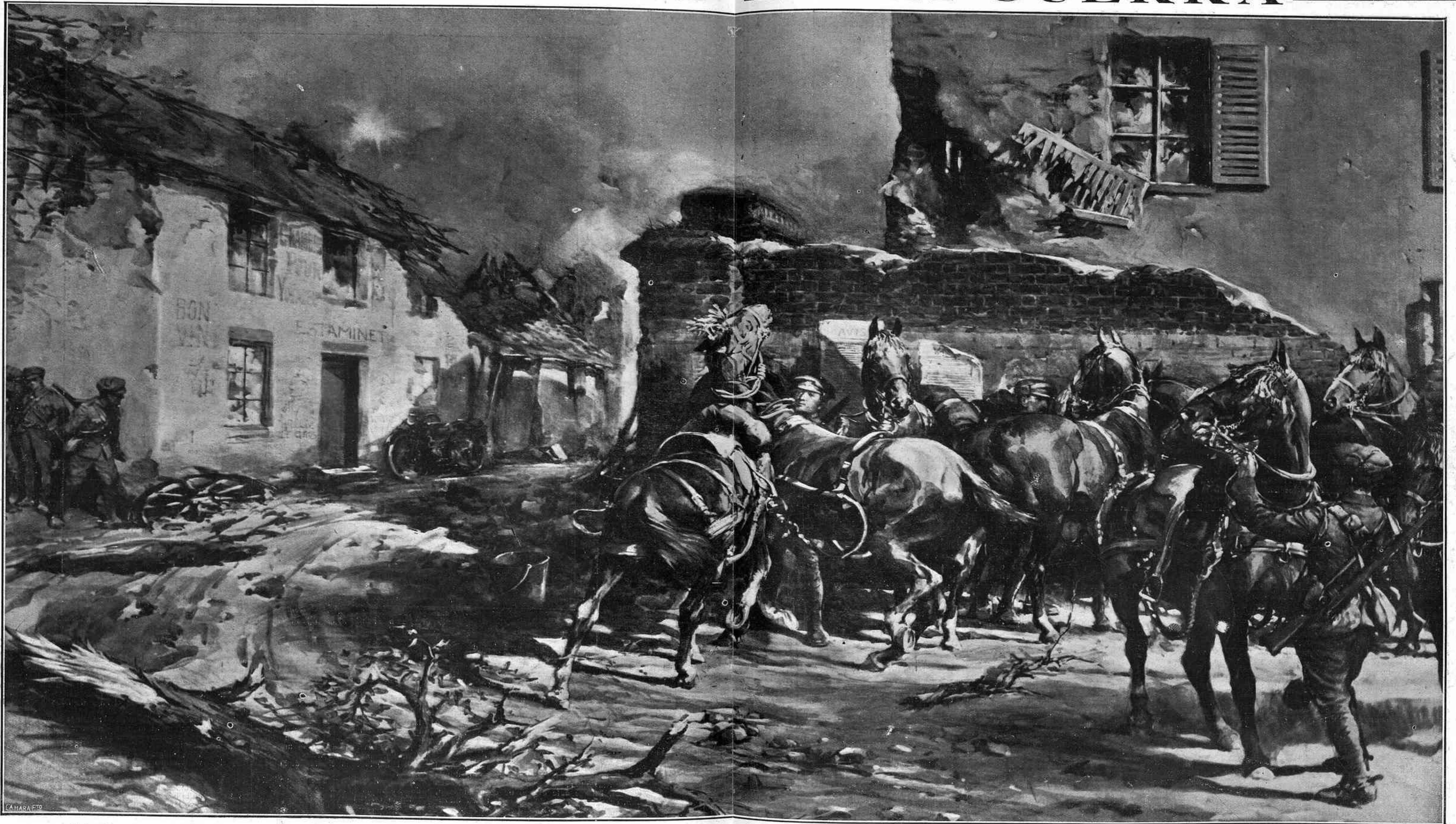
Y cuando la multitud rodea la colina, acállase de pronto el místico himno, y una voz infinitamente dulce y dolorida, extiende el eco de su acento.

—¡Padre: los hombres me olvidan. Haz que vuelva otra vez á nacer entre ellos para poder perdonarlos!

Desde un ignoto campanil llegan débiles y perdidos los sonos de las doce campanadas, y en la hosca penumbra de la llanura un convulsivo temblor agita la entraña de la tierra como un corazón que siente la angustia desgarradora de un irremisible remordimiento.

FERNANDO MOTA

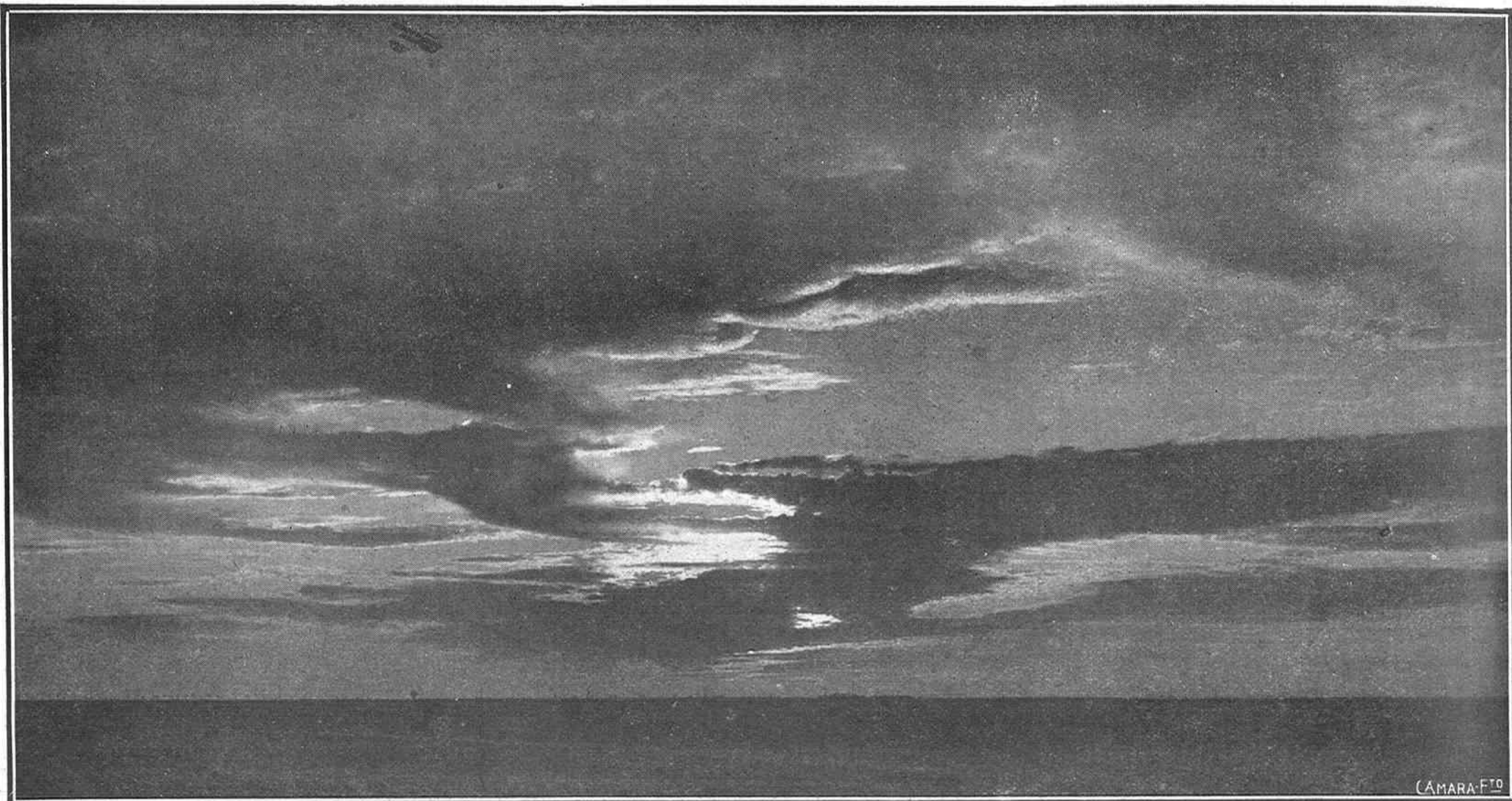
LOS CABALLOS EN LA GUERRA



Caballos de un regimiento inglés destacado en un pueblo del frente occidental, agitándose, atemorizados, al oír el ruido atronador de los cañonazos y los disparos de fusil

Dibujo de Clark





Un Farman en el aire, sobre el aerodromo de Cuatro Vientos

APRENDIENDO A VOLAR

ES la cátedra el cielo, lleno de luz, de encantos reservados sólo á los aventureros del aire y de peligrosas y emocionantes sorpresas. No es el aula lóbrega y triste donde la gente moza que viene del sol y de los campos abiertos halló á la Ciencia ó al Trabajo envueltos en penumbra repulsiva que los hace antipáticos y desabridos.

Es el aire lo que van á dominar, y el aire, como la mujer, puede ser brisa que acaricia ó huracán que destruye; pero siempre atrayente y deseado.

Por eso en estas lecciones de vuelo, las faltas de asistencia no se conciben.

Puntuales, como á una cita de amor, acuden los jóvenes alumnos todas las mañanas apenas amanece, y nada les importa el sacrificio de la madrugada, ni aun el de sus propias vidas, que diariamente exponen, porque, en efecto, Amor, que es lo que sienten por su profesión, aquí, como en todas partes donde aparece, torna el sacrificio en ofrenda florida que gustoso hace el amante. Allá van todas las mañanas á Cuatro Vientos, al Campo de Alcalá, los jóvenes oficiales, como van á Getafe los alumnos civiles, con el alma llena de entusiasmos, deseosos de aprender el manejo de aquellos aparatos que, alineados, esperan, como corceles de la ilusión, á sus jinetes para llevarlos por la región de lo desconocido.

Y allí los profesores, sin la seriedad de graves catedráticos (porque son tanto ó más jóvenes que los alumnos), pero con todo el saber, pericia y valor que durante sus infinitos vuelos demostraran, explican, aconsejan y corrigen á los impacientes alumnos, que por turno riguroso se elevan en los aeroplanos para dar su lección de vuelo.

Los capitanes Herrera (profesor de Curtis hoy, y antes de Niup port), Ríos y Vallespín; los te-

nientes Baños y Varela (de Farman) forman en el campo grupitos con sus alumnos.

Durante los primeros días los discípulos suben de pasajeros con sus maestros, para irse acostumbrando al aire y para ver cómo maniobra el profesor.

Más tarde, el alumno pasa al sitio del piloto (en los aparatos en que es posible esto, como en los biplanos Farman) y lleva los mandos, que ma-

neja bajo la dirección del profesor, y cuando éste considera que pueden ya remontarse solos, los deja elevarse. Este es el día grande, emocional para el aprendiz de piloto.

El que se creía seguro de sí mismo mientras llevó detrás de sí y como garantía de seguridad al profesor, al verse solo duda de su pericia.

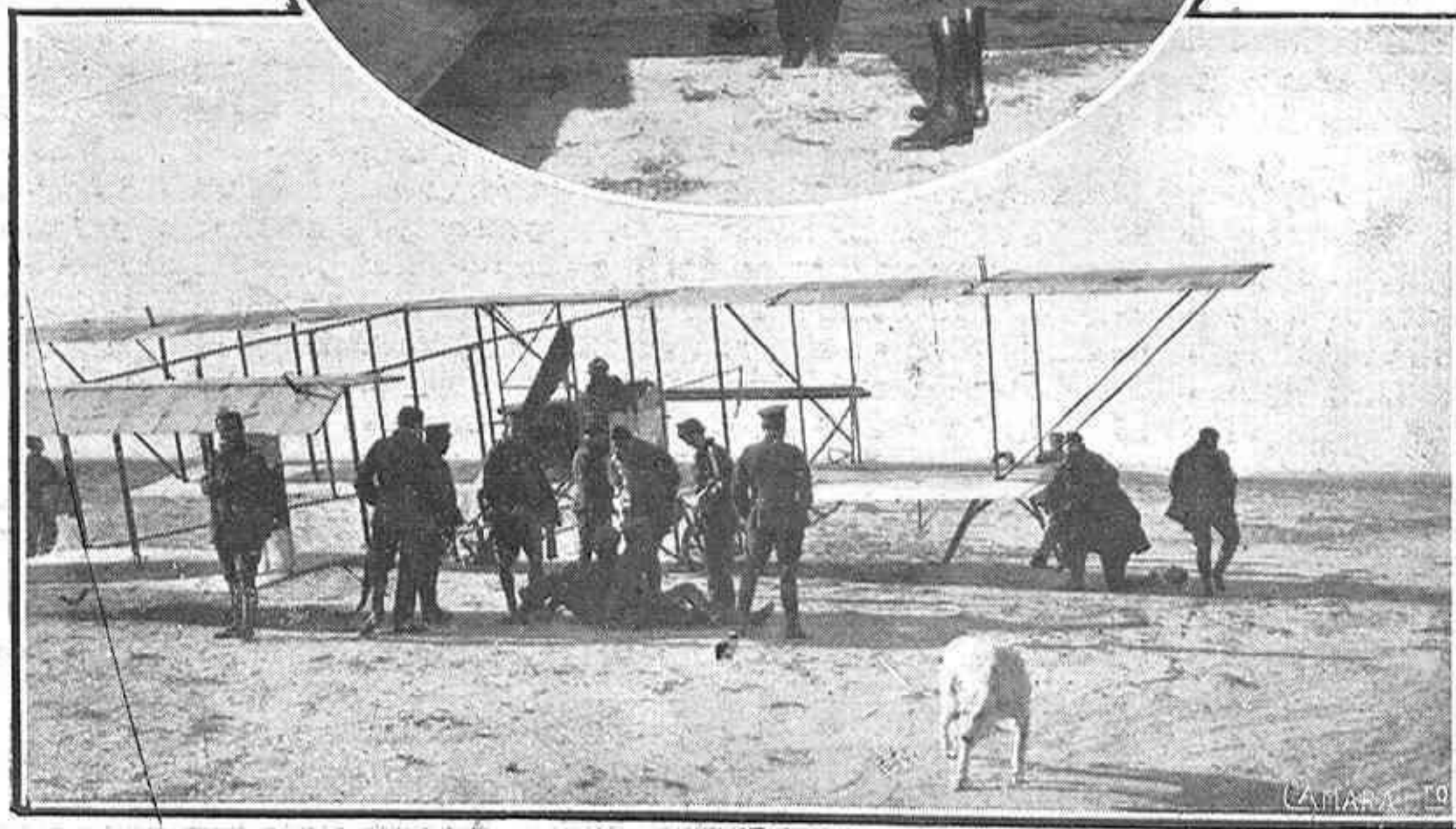
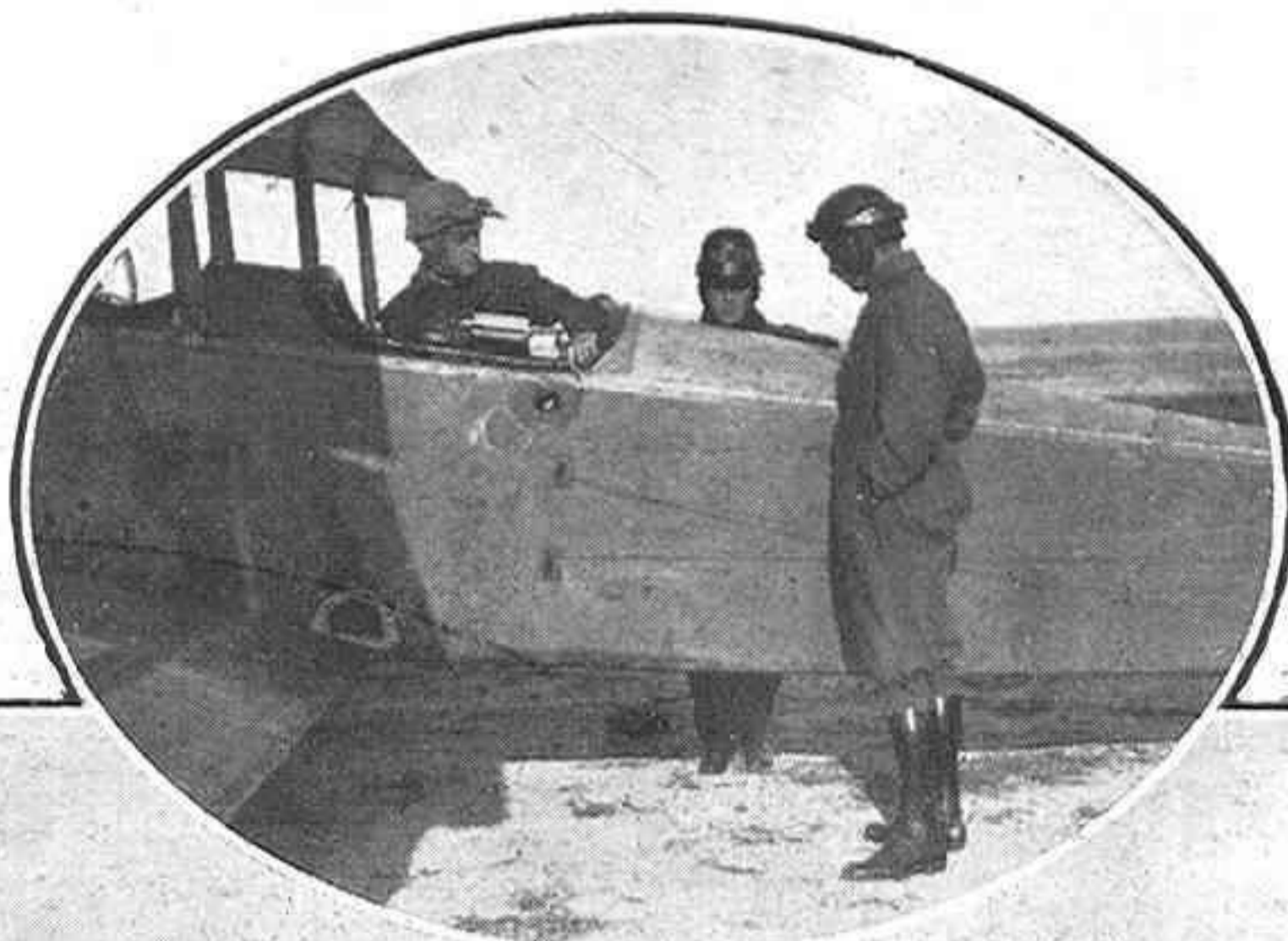
Pero es preciso. El motor zumba, el aparato comienza á rodar, y poco después la tierra empieza á hundirse, quedando el neófito solo en una soledad á nada comparable, porque de nadie puede esperar auxilio.

El instinto se sobrepone, el nuevo piloto mueve las palancas y se cerciora de que el aparato obedece fácilmente. Esto le devuelve la confianza; vuela ya tranquilo, porque siente que domina, y en el aire estaría mucho rato si no hubiese recibido la orden de bajar pronto. He aquí el momento supremo.

El campo, que tiene una grandísima extensión, antójasele un pañuelo de hierbas; busca el sitio desde donde pueda lanzarse á él, pero antes es preciso, porque así se lo enseñaron, *cortar gases*, soltando la mano izquierda de la palanca para correr la de los gases, y esto es lo peliagudo.

Mientras piensa en todo esto que ha de hacer, el aeroplano ha llegado sobre los barracones. Es necesario dar otra vuelta, y ya en un momento de decisión, suelta la mano, corta gases, *pica* para que el aparato no pierda velocidad (causa eficiente de casi todos los porrazos) y el motor amortigua su rugido, pero los tensores silban, la tela gime al ser azotada por el viento, y en el rostro del aviador golpea el aire con verdadera furia.

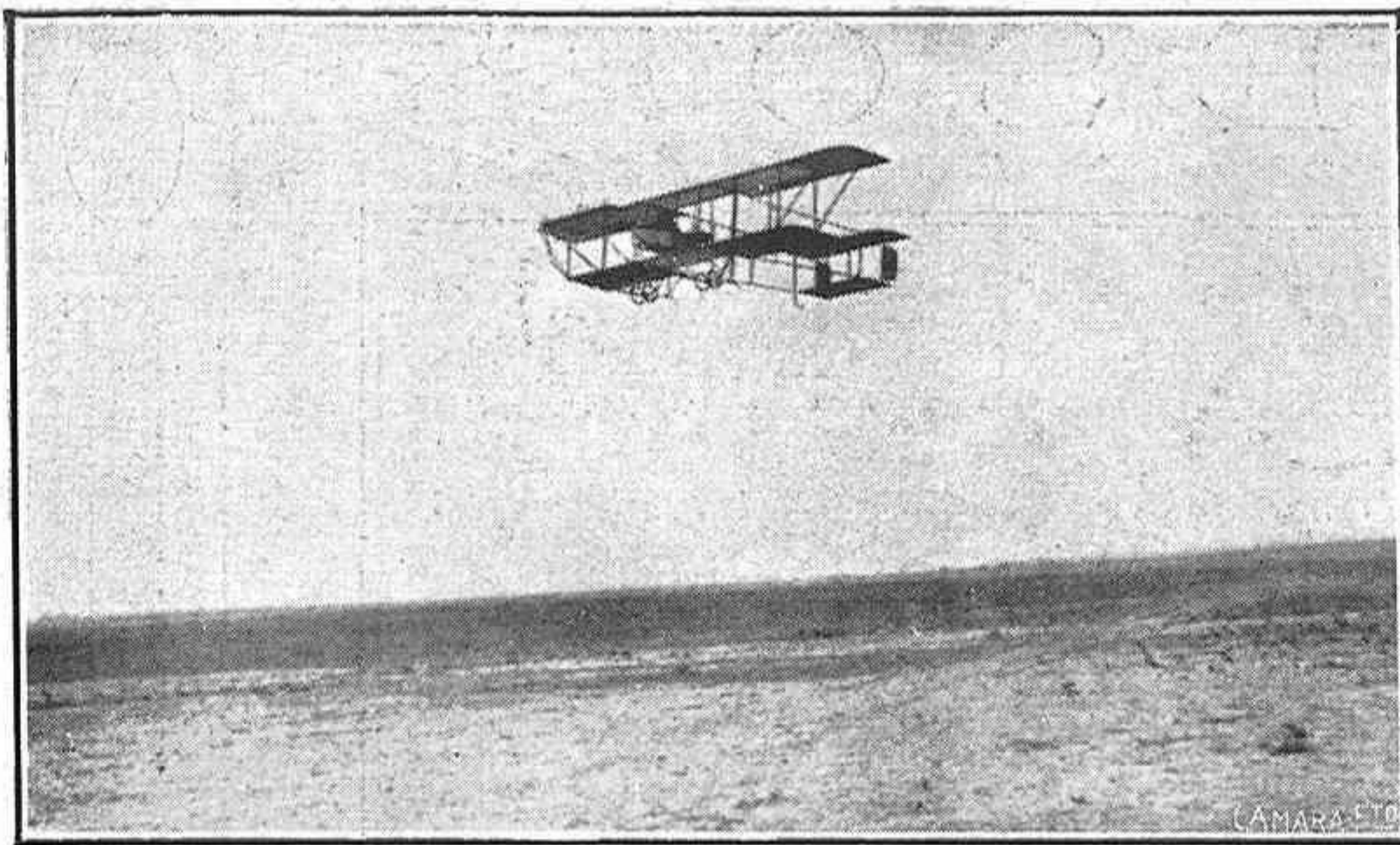
Las hierbecillas corren en loca huida... un tirón del mando de profundidad para que el aparato *enca-brite*... un ligero ruido al chocar las ruedas contra el suelo, y el pájaro



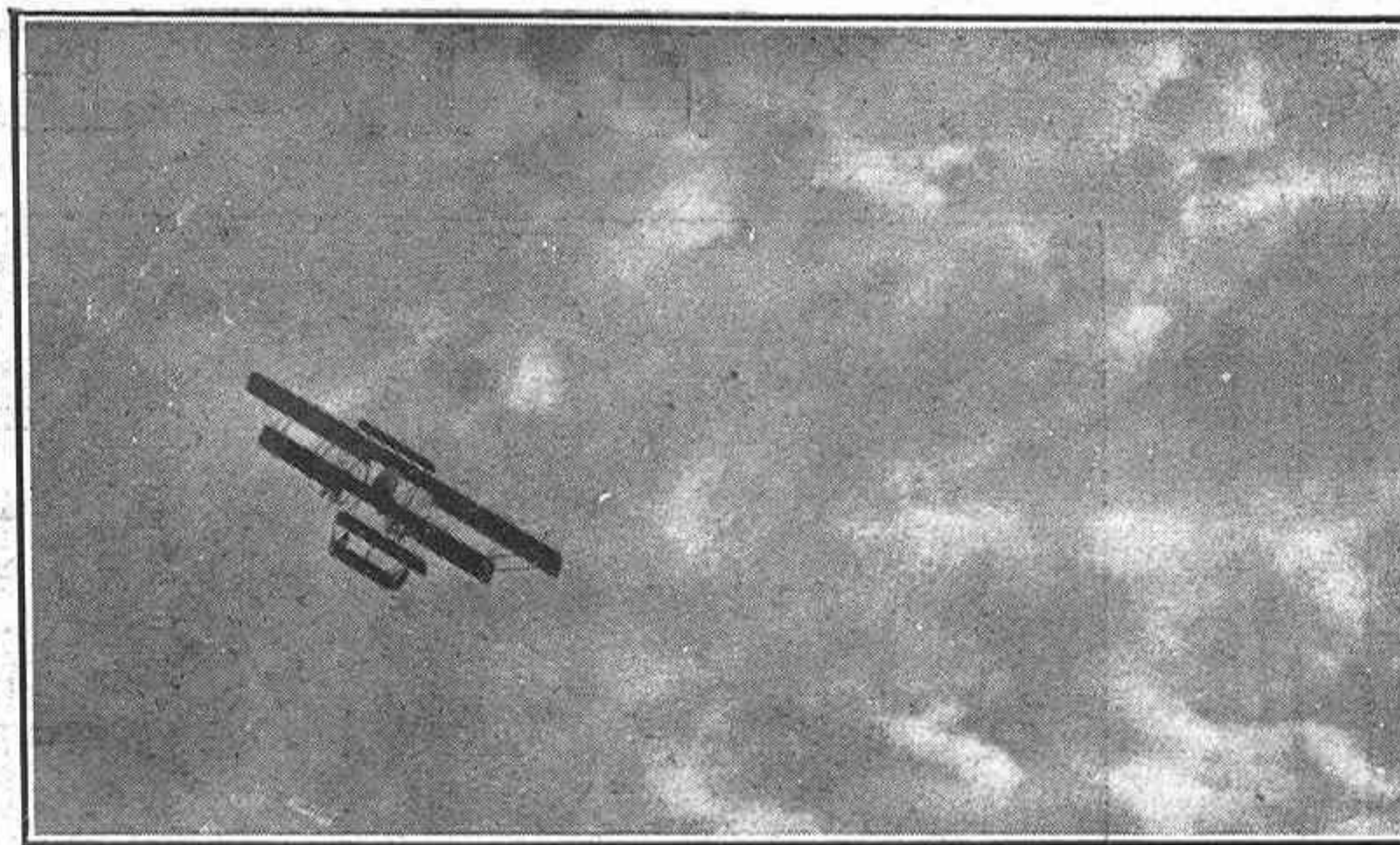
El capitán Herrera, jefe de vuelos, explicando á los alumnos, capitán Gildesola y teniente Cheriguini, el manejo de los mandos del Curtis.—Grupo de alumnos escuchando las lecciones de los profesores

CAMARA-FTO

CAMARA-FTO



El alumno vuela solo



Un alumno haciendo un viraje

mecánico llega rodando cerca de donde esperan el profesor y los demás compañeros. Plácemes, ovación ruidosa y el nuevo dominador del éter siente que el mundo es para él una *lentejica*.

Ya puede hacer las pruebas de piloto elemental, que consisten en describir en el aire con el aparato cinco ochos sobre dos puntos de referencia colocados en el suelo y bajar planeando desde 300 metros.

Más tarde realiza las de piloto superior, que son, naturalmente, mucho más duras que las anteriores. Estar durante una hora en vuelo, aterrizar tres veces consecutivas tocando dentro de un círculo de 50 metros de radio, descendiendo en planeo desde 200 metros, hacer un viaje de 100 kilómetros, señalando los pueblos por donde ha de pasar y regresando al aerodromo, y, finalmente, efectuar un viaje de estafeta á un punto que diste más de 60 kilómetros.

Y entonces ya es piloto superior oficialmente; pero, como en todas las profesiones, el título no da la ciencia verdad, la nacida del ejercicio; el piloto va formándose después, cuando ha sufrido las traiciones del aire y ha sabido dominarlas, cuando ha llegado á constituir con el aparato un todo orgánico de tal manera, que se forma la idea de que él es una parte del aeroplano ó que el aeroplano es cosa unida á él. Y entonces va aprendiendo á no castigar el motor, á hacerle dar el mayor rendimiento con el menor esfuerzo y trabajo. Y es entonces cuando el piloto afirma rotundamente, porque de ello está convencido, que el aparato

no vuelca nunca ni cae á tierra, y en los días más crudos, cuando el viento forma tremendos remolinos y ni aun los pájaros se arriesgan en el aire, él, sereno y confiado, navega en medio de la borrasca y gusta de dominar aquel elemento impetuoso, como gusta el marino vencer las olas enormes que quieren sepultarle. El pajarillo se ha hecho águila, pero aunque sus méritos le coloquen en el lugar más preeminente, quedará en su alma un delicado sentimiento de respeto y veneración al maestro, que nada será capaz de borrar.

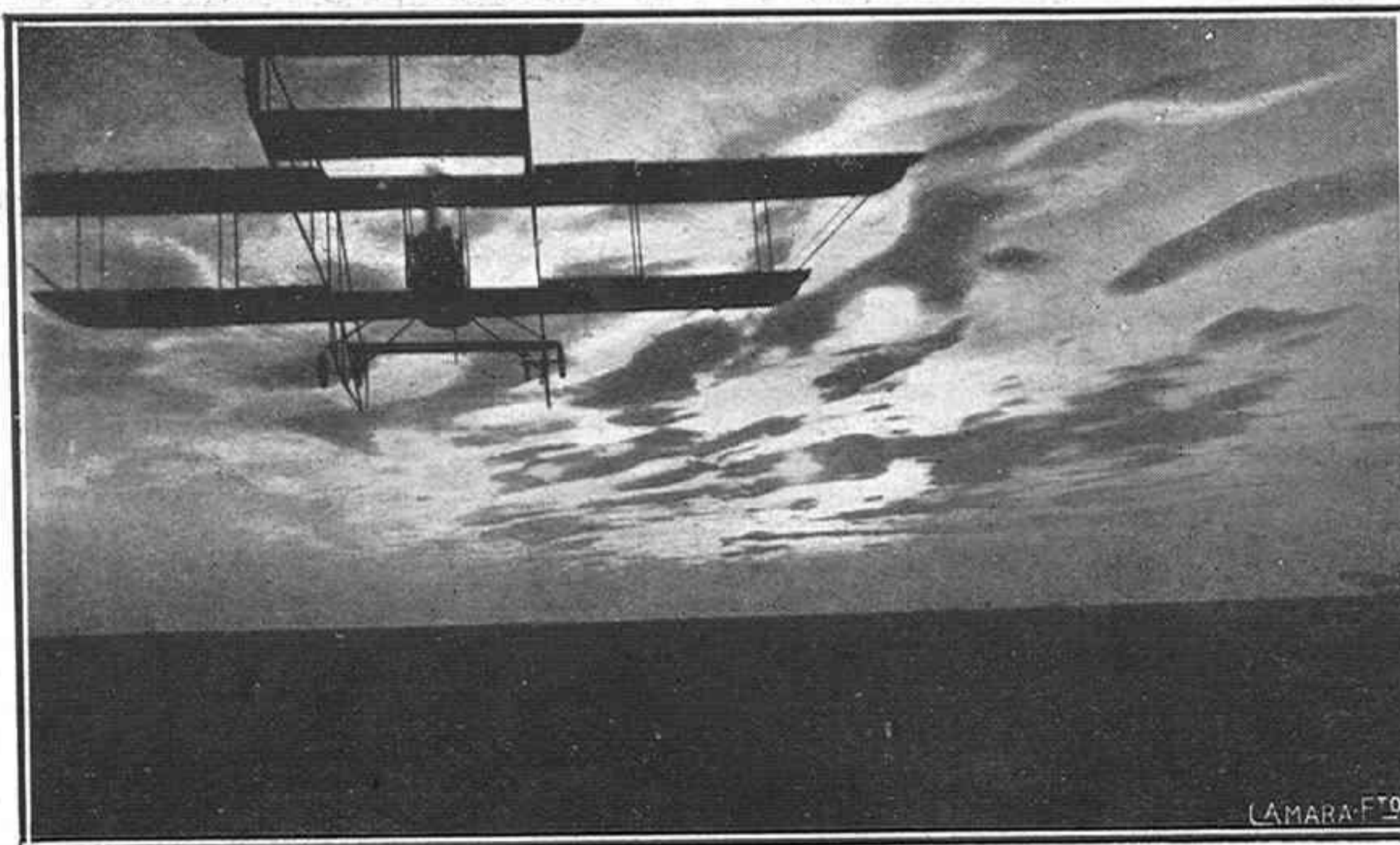
Muchas veces hemos sentido llegar hasta nosotros el aroma de esa flor de la gratitud, al ver á los veteranos Herrera, Baños, Ríos, etcétera, rodeados de los que fueron, y son hoy sus discípulos, escuchando al maestro.

Es un afecto verdaderamente filial el que nace de estas enseñanzas, y que si ciertamente en todas las demás se observa, acaso en ésta sea más imperecedero.

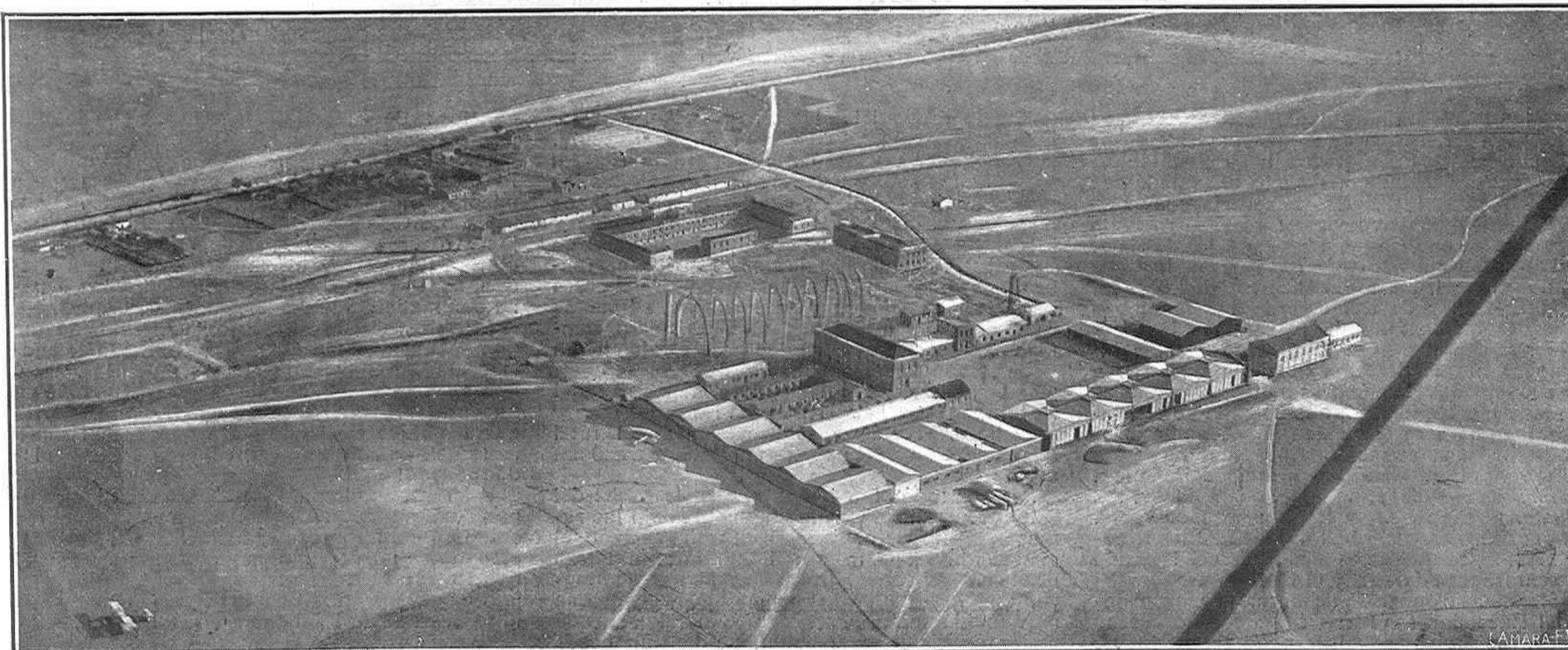
Y esto es explicable. ¿Sabéis lo que es abrirle á un alma joven las puertas de ese mundo desconocido, enseñarle á cruzar el azul misterioso, adiestrarle en un ejercicio en que en todo momento la vida pende de un hilo bien tenue.

¿Qué huella de gratitud no ha de dejar en el discípulo esa contemplación de la belleza del espacio, esa lección de dominio del aire y ese aprendizaje de sublime valor al sentir el escalofrío de la Muerte que pasa y hacerla una mueca de burlona indiferencia, que todo esto es aprender á volar?

L. ALONSO



Un aterrizaje



El aerodromo de Cuatro Vientos, escuela de pilotos militares, visto desde 300 metros de altura

FOTS. ALONSO

EL BESO



EN los locos restaurants de Montmartre eran las mujercitas rubias y alocadas las que con sus labios pintados besaban á los *gigolos* entre sorbos del dorado champaña que burbujeaba en los frágiles bacarrats y mordiscos á las heladas uvas que formaban racimos de esmeralda en las repujadas bandejas de plata. En los hoteles elegantes, en el Ritz de la *place Vendome*, en el Carlton ó el Savoy de Londres, en el Excelsior de Roma, eran las fastuosas princesas de Cosmópolis, las millonarias norteamericanas, las argentinas de elegancia ultramoderna, que tiraban mucha plata, las rusas extravagantes y las *Ladies* inglesas que dejaban su honorabilidad en sus castillos de Inglaterra, las que bajo el clásico *Mistletoe* se dejaban besar en la noche de Año Nuevo por los aventureros elegantes, los príncipes italianos, los *virtuosos* suecos, húngaros ó polacos, los *caballeros* españoles y los hombres de *sport*. Allí el cuadro era más bello, más fastuoso; sobre las blancas paredes decoradas á la moda del XVIII francés del Ritz y el Carlton ó sobre las napoleónicas elegancias de mármol rosa y bronce del Excelsior, los raros brocados florecidos de oro, las plumas de mil francos, las perlas de fabulosos collares que valían millones y las tiaras de brillantes daban al espectáculo suntuosidad admirable.

Era la moda del minaret; el Oriente entero, misterioso y espléndido sobre toda ponderación, parecía haber invadido á Europa; una riqueza digna de las «Mil y Una Noches», envolvía á las mujeres; telas blandas y suntuosas, rieladas de metales y esteladas de zafiros, esmeraldas y brillantes, como las que envolvían á la Reina de Saba en la «Tentación de San Antonio», ceñíanse á sus cuerpos y serpenteaban en largas colas de reflejos de aurora y de tormenta, pequeñas campanas de tul ó gasa, estampadas de portentosas flores, daban equívoca gracia á la silueta y los turbantes empenachados de paraísos completaban el exotismo de las personas. Era tal el fasto, tan bello el cuadro, que si Nabucodonosor resucitara, creyérase seguramente en el fatal banquete en que la mano misteriosa trazó su sentencia.

Pero de todos los besos que en la noche del Año Nuevo autorizaba la costumbre bajo las ramas propicias del *Mistletoe*, el más gracioso, el más cándido y pícaro era el familiar; las dulces nenas—ojos azules, trenzas rubias, gasa blanca, una rosa entre las manos de nieve—que muy tímidas, muy encogidas, con un gesto de pudor deliciosamente banal, se dejaban besar por el primito cadete ó futura lumbrera del foro mientras, en torno al árbol de Noel ó al nacimiento español, los hermanitos cantaban sus

canciones de salutación al estridente son de zampoñas y rabeles de su invención.

Los papás hablaban de sus cosas, los abuelos sonreían bonachones con íntima ternura mientras ella—¿Blanquita, Rosarito, Carmina, Pilarito ó Consuelín?—avanzaba, los ojos bajos y destrozando con sus dedos una flor y él, con pedantería de niño que juega á los soldados, se atusaba el bigote incipiente y estrechaba con malicia á la primita entre los brazos.

¡Ah, misterioso y divino encanto del beso que nos saluda al nacer, ata nuestro corazón de adolescentes, nos calienta el corazón en la vejez y nos acompaña más allá de la muerte, posado en nuestras frentes heladas como un pobre pajarito que temblase de frío! ¡Beso que eres ternura maternal, pasión ardiente, cándida alianza, piedad y pena!

Y ahora, en el mundo devastado, en los campos desiertos y en las ciudades en ruinas ¿quién saludará contigo la entrada del Año Nuevo? Y pienso que tal vez una mujercita loca besará el retrato de un soldado muerto por la Patria ó una pobre madre tratará de poner en la frente de sus hijos el calor de los labios del padre ausente.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE ZAMORA



Coplas en alabanza de Pastora Imperio

El público se estremece...
Va á bailar Pastora Imperio.
Y abre sus alas gigantes
el fantasma del Silencio.

Surge la hembra, al compás
de un cálido paso-doble.
Y la admiran las mujeres
y la desean los hombres.

Cruza el tablado, vibrante,
majestuosa, serena...;
y el corazón de los hombres

en el pañolón se lleva!

Como crócalos, sus manos
acompañan la guitarra
y se elevan en un vuelo
—igual que palomas candidas—
sobre su activa cabeza...

¡Palomas de eucaristía
que en ella vierten el fuego
sagrado de Andalucía!

Y las mórbidas columnas
de sus brazos, tersas, blancas,

rubrican sus garrotines
cual rotundas puñaladas,
asestadas al amparo
de sus verdes ojos grandes,
mientras nos matan de sed
sus pupilas de aquelarre.

Y en sus manos, el sombrero
cordobés, da la ilusión,
agitándolo en la danza,
del trágico cuervo Amor
que aún se cierne sobre ella

como una sombra lejana
y le da la calentura
de la pasión, cuando danza...

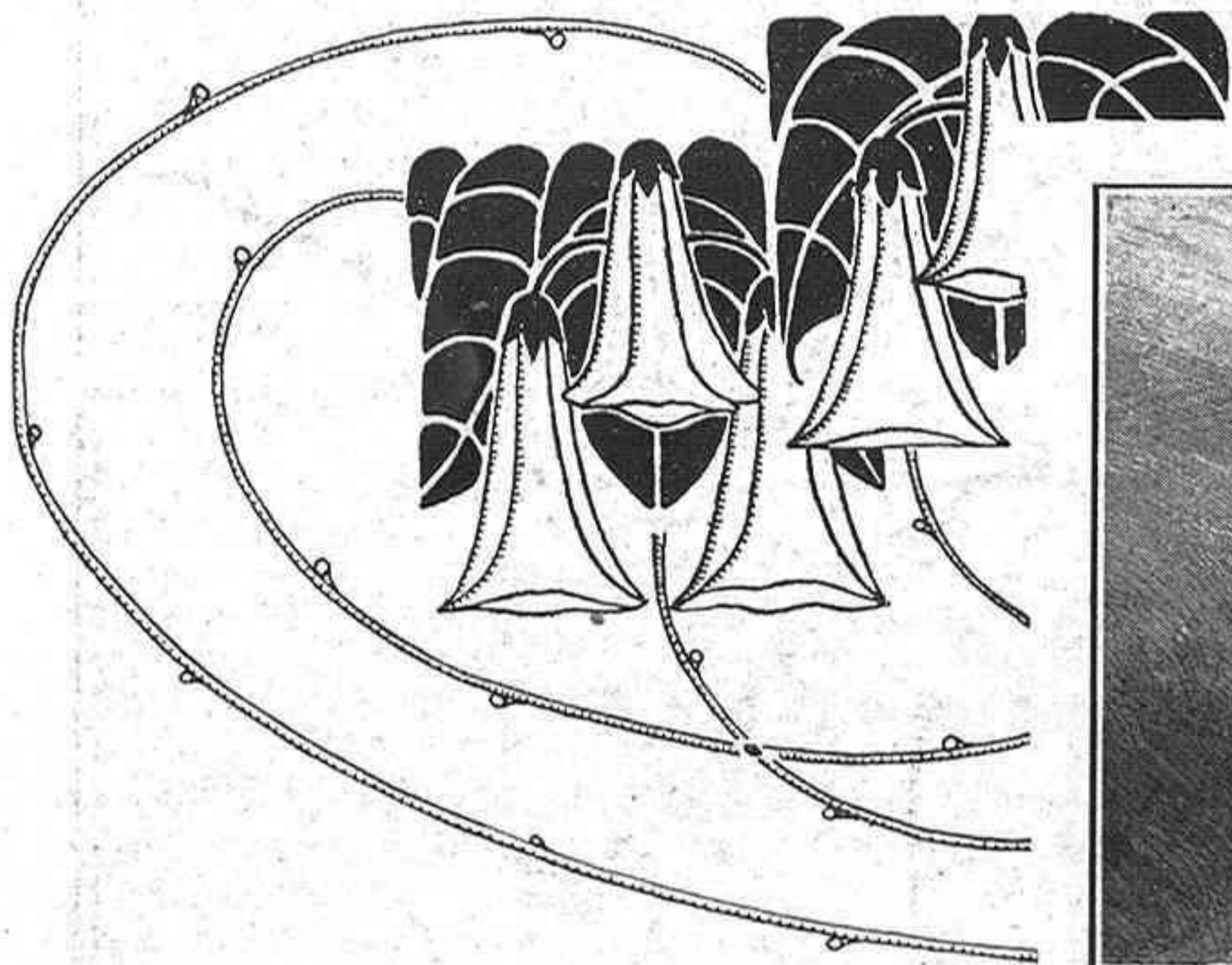
¡Madre del baile gitano,
por tí surgirá el artista
que te inmortalice, envuelta
en tu mantón de Manila!

JUAN GONZÁLEZ OLMEDILLA

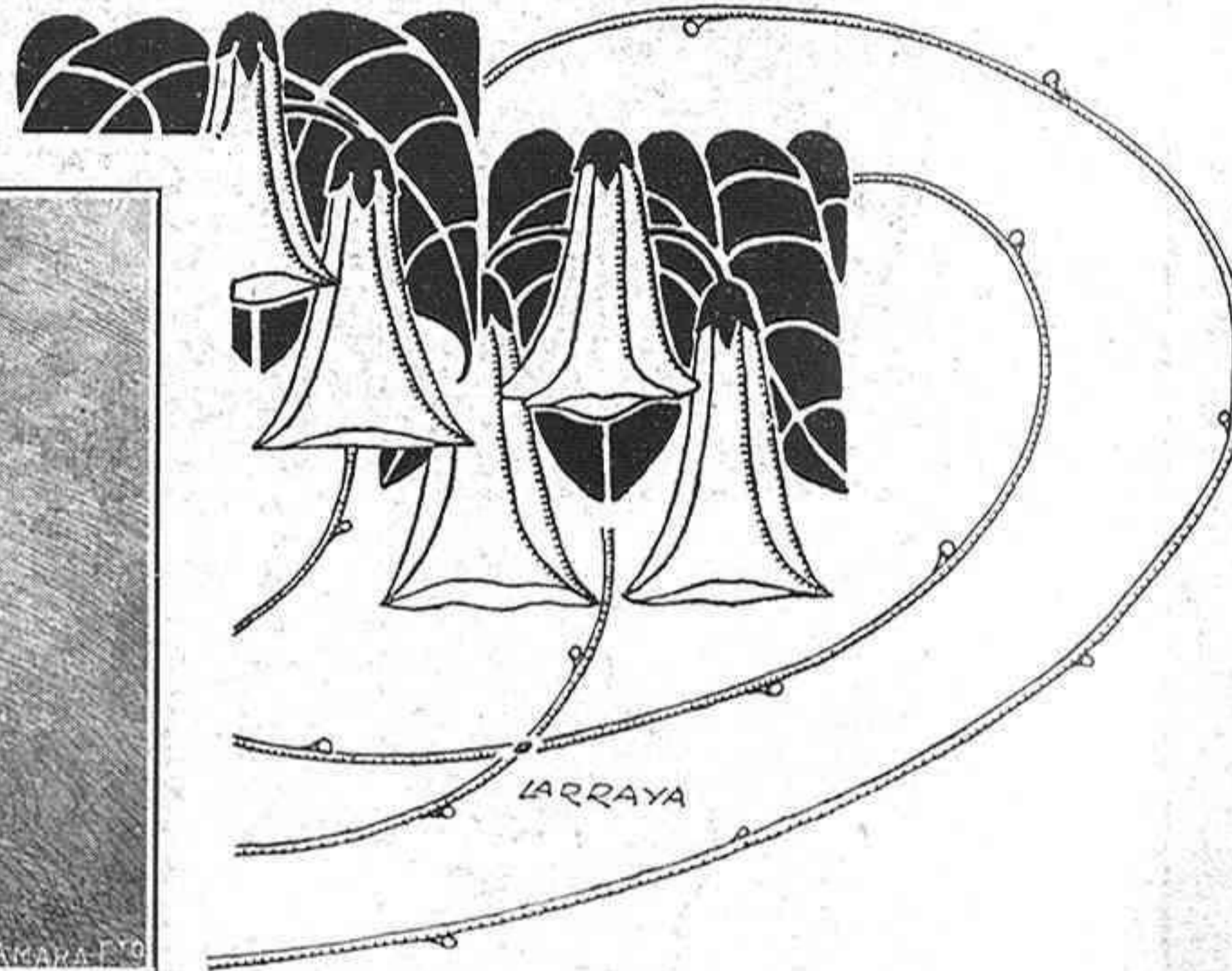
DIBUJO DE SANCHIS YAGO

LO QUE FUÉ DON ALFONSO XII

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)



D. ALFONSO XII



SIEMPRE fué el otoño época de grande animación en los Madriles. Regresan á ellos, después de haber disfrutado de las alegrías veraniegas, quienes tuvieron dinero y humor para gozarlas, y cuando con el fin de emprender nuevos afanes, se juntan quienes por necesidad ó por moda abandonaron temporalmente la coronada Villa, se practica balance de los sucesos estivales y llega el comentar lo ocurrido, cuando no había ni teatros abiertos donde verse, ni paseos, ni tertulias, donde despellejarse mutuamente.

En el mes de Octubre de 1885 fué motivo de conversación entre todas las clases sociales la enfermedad del Rey D. Alfonso XII. Decíase que su dolencia era de importancia y de extrema gravedad. Los enterados ponían cara de circunstancias solemnes, esas caras con que suelen fingir impenetrable reserva quienes desean hablar hasta por los codos. Pero, en verdad, ha de afirmarse que eran pocos los enterados de la verdadera situación del Monarca, contemplándole siempre decidido y animoso en todas sus altas manifestaciones. ¡Y cómo no había de mostrarse lleno de arrestos, si fué la entereza una de sus singulares y esclarecidas condiciones! La naturaleza física de D. Alfonso XII albergaba un espíritu tan recio como noble, tan firme como luminoso. Era hombre capaz de sonreír cara á cara de la muerte, sin dejarse ganar por pusilanidades que jamás acompañaron á los elegidos por Dios para transcendentales destinos; como era también capaz de personal sacrificio por no perturbar el sosiego de su Patria, á la que quiso con los amores fervientes de la juventud y de la esperanza. La Historia, que consagra al malogrado Soberano elogios firmes, no ha hecho con ellos sino acatar los dictados de la justicia.

Cuanto en corrillos, en reuniones de café ó en conciliábulos políticos decían que el Rey estaba enfermo, difundían una triste verdad. Médico de S. M. y amigo lealísimo del Monarca era don Laureano García Camisón, perteneciente al Cuerpo de Sanidad Militar, y que reunía en su persona, por providencial consorcio y para bien de sus tareas profesionales, los ardimientos del soldado y la sapiencia del experto clínico.

Se susurró, por la época á que aludo, algo sensacional. El doctor Camisón dimitía su cargo en Palacio. Así se dijo en las redacciones de los periódicos y entre políticos del estado llano. Algo tenía de exacta la especie. Camisón deseaba que visitaran al Rey otros médicos, y, en efecto, así sucedió. A S. M. le reconoció un famoso patólogo de entonces, D. Esteban Sánchez de

Ocaña, maestro admirable en la obscura ciencia del diagnóstico, y que, por caso extraordinario, murió de una de las enfermedades en que había probado su singular pericia. La visita hecha al Rey por Sánchez Ocaña no podía tener eficacia venturosa, porque, para desdicha de nuestro país, la dolencia del Monarca era irremediable. Se dispuso, como lenitivo, que D. Alfonso XII estuviese en El Pardo respirando el aire puro y embalsamado de los bosques, y á El Pardo partió para vivir alejado de las hondas preocupaciones y de los transcendentales deberes que le imponía su misión.

La política nacional, advertida de la posibilidad de profundas y conmovedoras crisis, sintió la sacudida, que fué temor en los hombres de orden, inquietud en los radicales y luego en todo el país zozobra y duelo.

Lo único de resonancia que por tales tiempos había ocurrido en la vida pública fué el homena-

je tributado á dos exploradores portugueses: Ivens y Capello. Se les obsequió con un banquete celebrado en el teatro de la Alhambra, que ya no existe, y á los postres de la comida pronunció Moret un discurso, como suyo, de belleza arrebatadora. En otro banquete dedicado á los mismos señores, habló también Moret, y á su voz se unieron las de D. Alejandro Pidal, que era ministro de Fomento, y la de D. Gaspar Núñez de Arce, el brioso poeta. La representación de los portugueses la ostentó Costa, que era también orador magnífico.

Por cierto que durante aquellos días díjose que la Infanta doña Eulalia iba á contraer matrimonio con el entonces Príncipe D. Carlos de Braganza, el que luego fué Monarca y murió asesinado en las calles de Lisboa.

El 17 de Octubre se inauguró el teatro de la Princesa, en la construcción del cual había puesto gran cariño su propietaria de entonces, la duquesa de Medina de las Torres. La función primera tuvo como programa *Muérte y verás*, de Bretón de los Herreros, y el estreno de *El Corral de las Comedias*, sainete de Tomás Luceño. Al espectáculo, en que brilló Elisa Mendoza Tenorio, no pudo asistir el Rey y estuvieron en él las infantas y la Reina doña Isabel II.

El curso universitario se inauguró con retraso el primero de Noviembre, en vez del primero de Octubre. El retraso se dispuso como medida sanitaria. Leyó el discurso inaugural D. Magin Boned, que era un químico muy concienzudo y con aficiones políticas reaccionarias. Algunos pareceres del discurso agradaron mucho al ministro, pero levantaron en la turba estudiantil temibles inquietudes, porque en aquellos días decir estudiante era como decir muchacho de ideas resuelta, grande y calurosamente avanzadas.

Madrid estaba un poco triste, y á ello contribuía la justificada alarma producida por la mala salud del Rey. En el Real vencía Stagno, tenor favorito en la temporada. María Tubau conseguía grandes ovaciones representando *Andrea*, y en Lara solazaban al público burgués con apacibles comedias escritas sin otro objeto que el de provocar la risa.

Misión que, en verdad, no es tan fácil como creen algunos, y que, en último término, debe de ser agradecida por todos, pues quien tiene ingenio suficiente para sobreponerse á los pesares que afligen al género humano realiza, entre otras plausibles, la obra de misericordia de consolar al triste.

Por la transcripción,
J. FRANCO RODRIGUEZ



ELISA MENDOZA TENORIO, en 1885

LA ESCULTURA MODERNA



GRUPO EJECUTADO EN MARMOL PARA LA IGLESIA DE SAN JORGE MARTIR, PATRÓN DE ALCOY
Obra del escultor Sr. Ridaura

ATENODE
BIBLIOTECA
MADRID

LEYENDAS Y TRADICIONES MADRILEÑAS



La calle del Caballero de Gracia

EN las horas de meditación, de honda y grave perplejidad espiritual, de inquietudes y vacilaciones íntimas, suelen ser las ideas peligrosas enemigas de nuestro sosiego intelectual. Y más todavía cuando el corazón hállase apesadumbrado y dolorido por una de esas aventuras en que se pierde aquel sereno equilibrio de los sentimientos apacibles, reposados y serenos. Entonces la lógica adquiere terribles aspectos, y nos lleva, conduce y guía del silogismo á la paradoja y del raciocinio á la intuición más ó menos arbitraria y caprichosa...

Decimos lo que antecede á propósito del pobre y asendereado caballero Jacobo de Grattis, que dió su nombre á la famosa calle de que ahora nos ocupamos. Vemos en él primeramente el héroe de una leyenda cínica, diabólica, donjuanesca y reprochable. La tradición nos lo presenta como un insolente, osado, temerario y audaz, hombre de mundo, perpetuo galanteador de mujeres, enamorado y versátil, apasionado y vehemente. Y nosotros, atentos al verdadero espíritu de los que hemos dado en llamar burladores, sólo con la vehemencia con que damos, haciendo caso omiso de los demás calificativos...

La vehemencia: He aquí la única cualidad que concedemos al que, manchado con todos los adjetivos, suele ser generalmente un pobre hombre, juguete de la primera mujer que encuentra. Porque en el donjuanismo suele haber tantas ficciones...

Ya lord Byron, con la maravillosa clarividencia de su genio portentoso, así presentaba al don Juan de su poema, en oposición á los que lo mostraban como un frívolo, díscolo, pendenciero, escéptico, taimado y perverso héroe de siniestros acontecimientos.

El poder de seducción de un hombre es bien poco para la mujer que sabe resistir digna, honrada y noblemente. Mientras el de la mujer...

En aquella novela íntima que todos guardamos recogida y silenciosamente, capítulos hay que

nunca podremos recordar con serenidad. Y es que ellos nos hablan del burlado amor de nuestros treinta años, y del oculto dolor de nuestro espíritu, experto en eróticas lides y, sin embargo, rasgado, malherido y destrozado por un capricho pueril de la que creímos más inocente doncella...

Y empecemos con la historia de esta calle.

Reinando el prudente, el sabio, el austero y virtuoso Felipe II, vivía en Madrid un caballero natural de Módena, que al prestigio de sus riquezas unía el de su valor, y á éstos su impetuosidad y osadía. Protagonista de mil aventuras escandalosas, era una de las figuras más interesantes y populares de aquella corte extraña y compleja que perdonaba al caballero sus locuras, sus arrogancias é impertinencias en gracia á su valentía, á su esplendidez, á su desprendimiento y á su liberalidad pródiga, admirable y casi fantástica.

Así es que no había dama capaz de resistirle, ni doncella que no escuchara sus galanteos, ni vieja que no se hallase propicia á aceptar los sobornos del enamoradizo mancebo, que de triunfo en triunfo iba por la vida del brazo de la fortuna...

Así las cosas, conoció á una mujer bellísima y virtuosa, que, sorda á los requerimientos del amor, esquiva á las súplicas é indiferente á los ruegos, resistía atroquelada en su virtud los embates de la pasión avasalladora de que hacía ostentación el Caballero de Gracia, que en vano rondaba la calle de la bella desdeñosa, y en vano apelaba á todos los sortilegios y recursos de su experiencia amorosa.

Llamábase la dama doña Leonor Garcés, y era rubia, blanca y buena. Su virtud desesperaba al enamorado, que, decidido á apurar todos los recursos, preparó la más abominable conjuración contra la mujer que, inocente, seguía tranquila y feliz en su amplia y holgada casa de rica hembra, ajena á lo que su malaventura le deparaba.

Jacobo había comprado á la servidumbre, y puesto en contacto con una bruja, de ella obtuvo

un elixir infernal que, privando del sentido á la ya indefensa dama, había de entregársele rendida, inerte, sin fuerzas para resistir...

Todo estaba preparado para el crimen... Y llegada la hora de perpetrarlo, á la casa de la dama encaminóse el Caballero. Un criado infiel franqueóle la entrada. Y sigilosamente penetró en la casa, llevando en su mano el diabólico licor. Jacobo temblaba de amor y de deseo... Al fin, hallóse delante de la puerta del dormitorio de la mujer toda luz, encanto, belleza y gracia... Suavemente la empujó. Y vió á la dueña de sus pensamientos y su albedrío dormida con la misma reposada inocencia de un niño en la cuna... Largo rato estuvo contemplándola... De vez en cuando, los labios de la mujer se entreabrían y dejaban paso á una palabra que era como el recuerdo de la oración que rezaba cuando la sorprendió el sueño...

Jacobo, dispuesto ya á hacerla aspirar el tósigo que llevaba preparado, se adelantó. Mas al ir á aproximarse al lecho de la mujer, experimentó una violenta, irresistible convulsión que agitó su cuerpo é hizo temblar sus manos, que dejaron caer el frasquito...

Y como si aquéllo no fuese más que el prólogo de lo que le aguardaba, vió que una luz vivísima y deslumbradora se hacía en su mente, luz de arrepentimiento que le impelía á arrodillarse para recibir de aquella manera la revelación del Dios omnipotente y justiciero que se le anunciaba...

Y el que había ido para escarnecer la virtud, cayó de rodillas, y al pie de la cama de la que pudo ser su víctima, rezó, lloró y envejeció...

De retirada quiso confesarse. Vertió las hondas cuitas de su corazón en el pecho de un padre de almas. Y de aquella aventura salió su conversión á la fe, su vuelta al camino de la virtud, su profesión religiosa, la fundación del Oratorio y el nombre de la calle donde existe...

JUAN LOPEZ NUÑEZ

DIBUJO DE MARÍN

PAISAJES ESPAÑOLES



CUENCA.—PINTORESCO ASPECTO DE LA ANTIGUA CIUDAD.

FOT. SOL

AUTORES CÉLEBRES

ALBERTO LISTA Y ARAGÓN

ESTE varón insigne, honra y gloria de las ciencias y de las letras, nació en Sevilla el 15 de Octubre de 1775, en humilde cuna: sus padres eran modestos tejedores de seda, y él mismo, durante los primeros años de su vida, sentado al telar, trabajaba para ayudar á sus progenitores á soportar el peso de sus rudos y penosos deberes.

Alternando su trabajo manual con el estudio, para el que mostró afición decidida desde su más tierna infancia, ingresó como alumno en la Universidad, cursando Filosofía y Teología. Aficionado, por instinto, á la bella literatura, trasladaba al papel, sin abandonar un punto sus estudios de otra índole, sus primeras inspiraciones poéticas, conciliando de ese modo sus gustos con sus deberes. En fuerza de trabajos y de vigiliias, sin disfrutar de un momento de reposo, se acreditaba á la par de matemático y de poeta.

Tal fué su aplicación y tan excelentes sus aptitudes, que ya en 1788 servía como sustituto la cátedra de Matemáticas, costeada por la Sociedad Económica de Sevilla, y, en 1796, cuando contaba veintiún años, la cátedra en propiedad de la misma asignatura en el Colegio de San Telmo. Por aquella época pertenecía el novel catedrático «á una Academia particular de Humanidades, compuesta de jóvenes amantes de la amena literatura, á quienes servían de modelo Garcilaso, Herrera y Rioja, juntamente con Meléndez Valdés, Moratín y Jovellanos, restauradores del buen gusto», nota característica de la copiosa labor del ilustre poeta y sabio profesor que motiva estas líneas.

Concurrió por primera vez á un certamen poético abierto por la Academia de Buenas Letras de Sevilla: Reinoso obtuvo el primer premio, y él, Lista, el accésit, cantando *La inocencia perdida*, encantadora composición en la cual no se sabe qué admirar más, si la corrección y nobleza del estilo, la delicadeza y diaphanidad del pensamiento, ó la suavidad y frescura de la inspiración.

A los veintiocho años se ordenó de sacerdote, por irresistible vocación, y en seguida emprendió un largo viaje por el extranjero, durante el cual tuvo efecto la guerra de la Independencia.

Vuelto á España en 1817, ganó en reñida oposición la cátedra de Matemáticas del consulado de Bilbao, residiendo en dicha ciudad hasta 1820. Fundado en Madrid por entonces el Colegio de San Mateo, D. Alberto Lista vino á regentarle, encargándose de explicar tres importantes asignaturas, demostrando cumplidamente sus grandes condiciones para la enseñanza, á la que se consagró con vivo afán hasta el fin de sus días, alternando las tareas del profesorado con sus trabajos poéticos, históricos y críticos, sin descuidar las Matemáticas, por las que siempre tuvo singular predilección.

El Colegio de San Mateo estuvo abierto del 20 al 23. Una vez cerrado, los discípulos predilectos de D. Alberto Lista continuaron recibiendo sus lecciones; el ilustre maestro, animado de irresistible vocación á la enseñanza, había abierto, solo y en su modesta habitación de la calle de Valverde, cátedras de Matemáticas, de Historia y de Literatura. En aquel Colegio y directamente del sabio poeta é insigne matemático recibieron enseñanza Espronceda, Ventura de la Vega, Pezuela, Roca de Togores, Felipe Pardo, Bautista Alonso, Ferrer del Río, Antonio María Segovia, Patricio de la Escosura y otros renombrados literatos y poetas.

Allá por el año de 1825 publicó una colección de sus mejores poesías, religiosas y profanas, que llamaron grandemente la atención, no sólo en España, sino también en el extranjero. Por su cualidad de gran matemático, prosista selecto y crítico eminente, algunos escritores, sin negarle el título de poeta, por no ir contra la corriente general, se lo mermaron, si puedo expresarme así, no concediéndole que fuese poeta de altos vuelos, de opulenta fantasía y de gran inspiración; limitá-

banse á elogiar pomposamente sus altas dotes de versificador, añadiendo que era un poeta *aceptable*.

Es creencia añeja y vulgar que las Matemáticas son incompatibles con la poesía, así como el hombre de criterio analítico, el crítico, por ejemplo, por fuerza ha de carecer de imaginación y, por consiguiente, de númen poético. Ha habido grandes matemáticos que, á la vez, han sido grandes poetas. Ahí están las obras de Goethe y Echegaray, por no citar otros muchos, que prueban plenamente la perfecta compatibilidad entre las Matemáticas y la poesía, así como han existido críticos, entre ellos Federico Balart, que han sido á la vez grandes poetas.

Acerca de esta vulgar y antigua preocupación, y tratando al propio tiempo de las aptitudes literarias de D. Alberto Lista, dice uno de sus discípulos:

«Enunciada tan peregrina idea, es ocioso manifestar cómo todo el que no reconoce á Lista



D. ALBERTO LISTA

por distinguido poeta, le ensalza por crítico hasta las nubes. En concepto de algunos, sólo hay estro si ruge la hirviente lava de los volcanes y arranca el ábrego de raíz el tronco de secular encina, y zumba en honda selva el estruendo de la batalla...»

«Lista no ha herido nunca las cuerdas de su lira vibrando compases acordes con las almas de tan acerbado temple. En sus cantos, ricos de suavidad sublime, de dulce melancolía, de delicada ternura, ha reunido la severidad y fluidez de Rioja con el mágico artificio de Calderón de la Barca.»

Está magistralmente analizado: Lista es un poeta tierno, delicado, sublime, que se complace en describir la luz de la aurora, la salida y puesta del sol, al verde prado, el *murmurador* arroyuelo y las pasiones tranquilas y los pensamientos suaves. Muéstrase émulo de fray Luis de León cuando llora *La muerte de Jesús* «con acentos que se sienten y no se analizan», y cuando intenta trazar epigramas, como es un alma cándida y un corazón sin hiel, sencillo y generoso, los epigramas resultan madrigales.

Una de sus más bellas poesías es el *Canto del Esposo*, feliz imitación del *Cantar de los cantares*, y donde se muestra en todo su esplendor su verdadero temperamento poético. Por cierto que una poesía del mismo género, el *Canto de la Esposa ó la Resurrección del Salvador del Mundo*, pudo costarle un disgusto muy serio. El fanatismo monacal intentó persuadir á Fernando VII de que la citada composición era simbólica y alusiva

á sucesos políticos de actualidad, especialmente la siguiente estrofa:

*Sí, yo te vi pendiente
del duro leño, y enlutado el cielo
cubrió de negro velo
su faz resplandeciente:
los ríos se turbaron
y los eternos montes vacilaron.*

Por ignorancia ó por maldad, la camarilla que rodeaba el trono en 1825 suponía que el *duro leño*, el *esposo* y la *esposa* envolvían la idea de *la horca*, *Riego* y *la Patria*; suponía, además que la tal composición era una profecía que anunciaba el restablecimiento del orden de cosas destruído dos años antes por el duque de Angulema. Fué el colmo de la suspicacia. Por fortuna—para Alberto Lista—no prosperó tan absurda especie.

Además de su copiosa labor poética, así religiosa como profana, se deben á su laboriosidad la traducción de la *Historia universal* del conde Segur, añadida y continuada hasta 1840, un *Tratado elemental* de Matemáticas, el complemento de la *Historia de España*, un compendio de la *Historia antigua*, un *Juicio de nuestro teatro*, desde Lope de Vega hasta Moratín, *Ensayos críticos* y otras muchas obras docentes no menos importantes.

Después de haber dirigido en Madrid el Colegio de San Mateo y el que luego estableció en su casa de la calle de Valverde, residió algunos años en Cádiz, dirigiendo el Colegio de San Felipe, donde mantuvo y consolidó su reputación de profesor insigne. De Cádiz pasó á Sevilla, su tierra natal, donde, al propio tiempo que el Colegio de San Diego, dirigía la Academia de Buenas Letras, de la cual han salido tantos y tantos sabios varones.

Consagrado Lista á la enseñanza desde los trece años de su edad, ha dictado multitud de reglas utilísimas y beneficiosas para los que emprenden la compleja y difícil carrera de las letras. Ya que no sea posible trasladar aquí todas esas reglas, he de copiar siquiera dos de sus sabios consejos, que parecen compendio y resumen de todo un sistema. Hélos aquí:

«*Primero*. Siempre que vayáis á escribir sobre un asunto cualquiera, apuntad todo lo que se os ocurra y extractad después sin omitir nada importante, pues el mérito de un autor consiste en decir mucho en pocas palabras. *Segundo*. Son los escritores de los tiempos antiguos brillantes antorchas que nos alumbran por el camino en que la Humanidad avanza siempre, y no infalibles faros hacia los cuales debemos enderezar nuestro rumbo.»

Examinando su producción y ateniéndose á sus preceptos literarios, á su gusto refinado y á su temperamento, se comprende fácilmente la campaña que sostuvo en la Prensa y en el Ateneo por los años 35 al 38 acerca de lo dañoso, en su concepto, del género literario que por entonces dominaba.

«El actual drama francés, llamado vulgarmente romántico—decía—, pinta al hombre fisiológico como el de Atenas, sin someterse á reglas; falsea la moral universal civil y política del género humano, supone que el hombre no puede lidiar contra sus pasiones, y no le deja más opción que satisfacer sus deseos á cualquier costa ó suicidarse. Es, pues, contrario á la civilización actual y no cumple con sus exigencias.»

Sin duda, desde su punto de vista clásico, no dejaría de reconocer que el romanticismo ha producido obras tan bellas como *El Trovador*, *Los amantes de Teruel* y *Don Alvaro ó la fuerza del sino*.

Murió D. Alberto Lista en 1848, á la edad de setenta y tres años, llevándose al sepulcro la admiración de sus contemporáneos y el cariño y el respeto de sus numerosos discípulos.

FRANCISCO FLORES GARCIA

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



MARUJILLA, cuadro de José María Rodríguez Acosta

BIENEODE
MUSEO DE
ARTES PLásticas

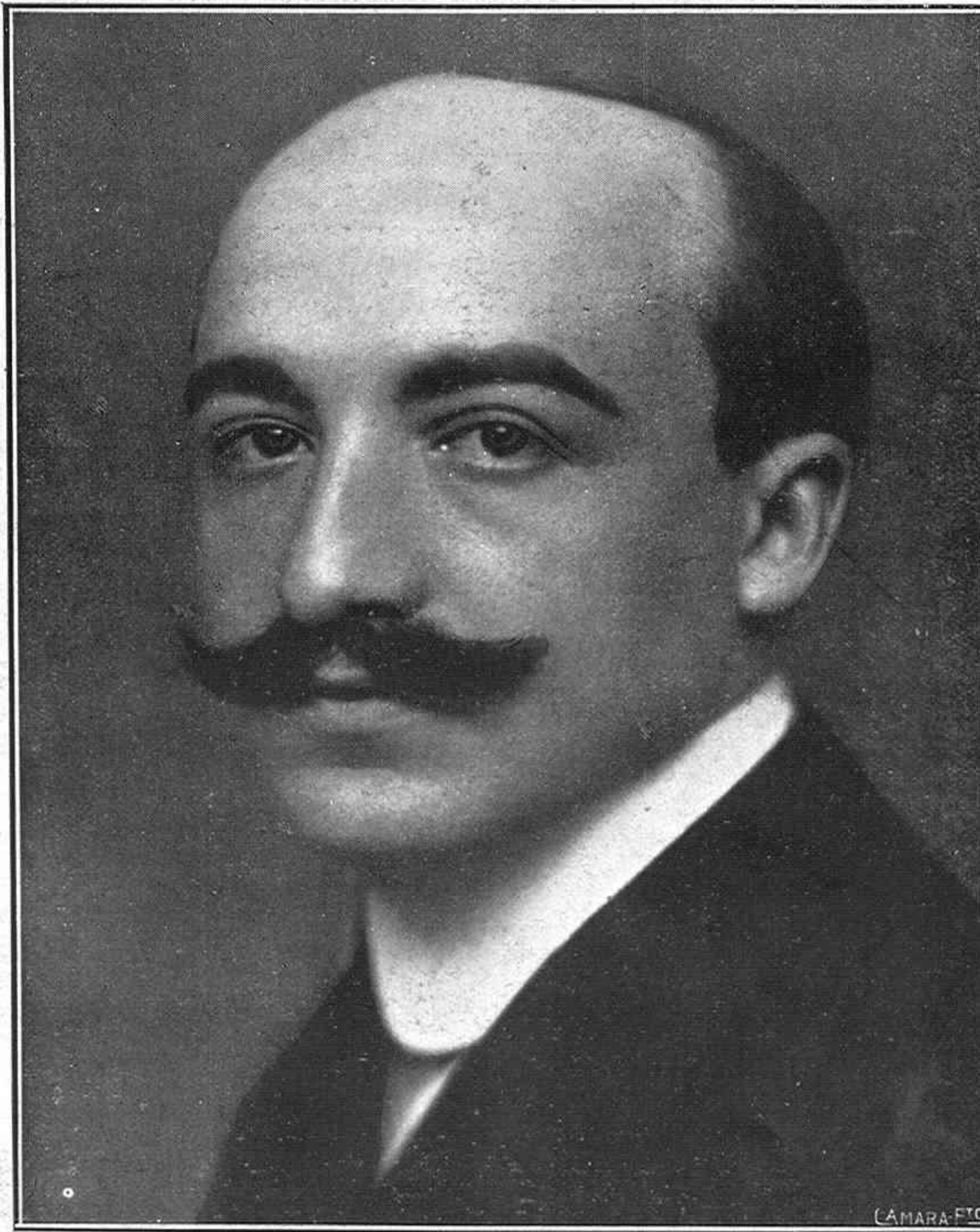
LOS GRANDES ARTISTAS ESPAÑOLES
JOSÉ RODRÍGUEZ ACOSTA

UNA poderosa visión de la vida, animada por el soplo de un arte sereno, formado de sencillez, sobriedad y tranquila armonía. He aquí la sensación que producen los cuadros de Rodríguez Acosta. La del mismo espejo que Henri Beyle deseaba para su técnica de novelista. No otra intervención de la fantasía que aquella de la necesaria para desvulgarizar los asuntos reales y verdaderos. No conceder predominio al pensamiento sobre la retina. Contemplar los seres y las cosas tal como ellos se ofrecen y transmitir después el producto de esa contemplación con la misma claridad de expresión que tuvo en nosotros el emocional espectáculo.

Fiel a este credo, Rodríguez Acosta es preferentemente un pintor de retratos, lo que, después de todo, fueron, son y serán los grandes pintores de todas las épocas y escuelas.

Aun aquellos lienzos que parecen concebidos en el propósito de reflejar un ambiente y de obtener una bella armonía de tonos decorativos, supeditan este aparente propósito a la tendencia vigorosamente realista del retrato. Será, pues, con el tiempo, toda la obra de Rodríguez Acosta, una prueba documental de los hombres y mujeres de nuestro siglo, como lo son los cuadros de López Mezquita, de Fernando Alvaréz Sotomayor ó de Benedito.

Estas muchachas andaluzas de Rodríguez Acosta con sus pañolillos de talle, con sus cabellos floridas, sus frescas risas y sus ojos lánguidos, tienen sugestivo encanto de exacta feminidad. Buscan nuestro corazón ó nuestros sentidos con la misma atracción que si fueran vivientes mu-



JOSÉ RODRÍGUEZ ACOSTA

jeritas y no interpretaciones de un artista. Toda la pureza de esta raza gitana brava y sensual que va extinguiéndose en las cuevas del Sacro Monte granadino, han encontrado también su más fiel pintor en Rodríguez Acosta. No ha necesitado fantasear arbitrariamente las carnaciones y los indumentos; no le fué preciso, para obtener valor representativo, acudir á composiciones de pandereta ni á epilépticas actitudes de bailarín español transportado á un *music-hall* exótico.

No. Tal como se ofrecen en estos cuadros de Rodríguez Acosta, vemos á sus personajes en la vida ó les *reconocemos* después. Porque éste es el taumático poder de los pintores realistas. Resumir, por virtud de su respeto al natural, todas las características de la raza á que pertenece el tipo elegido como modelo.

Por eso las dos únicas veces que Rodríguez Acosta intentó desviar su verdadera trayectoria estética, realizó dos obras inconsistentes, débiles, de indudable mediocridad artística.

Fué la primera bajo la influencia ejercida sobre su juvenil temperamento por Emilio Sala. Se titulaba el lienzo *Pastoral de Longo*; figuró en la Nacional de 1904, y á pesar de sus grandes dimensiones, era vencido por un cuadro que escasamente llegaba al metro: el paisaje *Patio de los Arrayanes*, donde ya se adivinaba al pintor que no necesitaba inventar la poesía, sino que sabe encontrar la creada ya en el natural. En cuanto á la segunda equivocación, fué con el cuadro *La tentación de la montaña*, presentado en la Nacional de 1910, y que tampoco respondía lo más



"La Gaviarra"



"Gitanillos"

(Cuadros de Rodríguez Acosta)



"En el santuario"

mínimo a su temperamento y á su criterio, firmemente demostrado en tantas obras admirables, de lo que debe ser la pintura.

En cambio, ¡qué gozo tan sano y tan de buena tradición española causan sus cuadros realistas! Se aquietan nuestro espíritu frente á ellos como ante los espectáculos naturales y claros de la vida. Cual asomados á ideales ventanales que ofrecieran momentos verdaderos; como si pasáramos de hablar con seres de carne y hueso á contemplar en silencio los que en el lienzo quedaron inmóviles...

ooo

José Rodríguez Acosta nació en Granada el año 1878. Hijo de millonarios, no ha necesitado prostituir su arte en los comienzos tan difíciles para otros.

Discípulo en Granada de José La Rocha, y en Madrid luego de Emilio Sala, supo bien pronto acusar su vigorosa personali-



"Gitanos del Sacro Monte"
(Cuadros de Rodríguez Acosta)

dad, en la que no es fácil hallar ahora los precedentes estéticos de sus maestros. Expuso por primera vez en la Exposición Nacional de 1904, logrando una mención honorífica. En la Nacional de 1906 fué recompensado con segunda medalla el cuadro titulado *En el santuario*, uno de los mejores que ha pintado el joven maestro. Al año siguiente obtiene tercera medalla en el Salón de la «Société des Artistes Français» de París y medalla de oro en la Internacional de Barcelona. En 1908 el lienzo *Gitanos del Sacro Monte*, logra primera medalla, cuyo premio se repitió en la Nacional de 1912 con motivo del cuadro *En la celda*.

Antes y después de esta fecha obtuvo también segunda y primera medalla, respectivamente, en las Internacionales de Munich de 1909 y 1913 y primera medalla en la Internacional de Amsterdam.

SILVIO LAGO

ROMERÍAS PINTOESCAS

LA DEL RABINO QUE MONTABA UN LEÓN EMBRIDADO DE SERPIENTES

TLEMECEN es una deliciosa ciudad de Argel, en cuyos poéticos alrededores parecen reconcentradas toda la suavidad y toda la amable exuberancia de la naturaleza argelina.

Durante los días de la Pascua hebrea, Tlemecen es invadido por bandadas de judíos que van desde Argel, Constantina, y sobre todo de Orán, de Fez, de Tánger y del Rif, desde la época de la gran peregrinación del Rabb, que data de siglos.

Por las calles no se ve más que judías en su traje típico; entre los hombres abunda más la indumentaria europea.

Las judías de Orán, habituadas á la moda europea, desde hace años—unos cinco—miran con malos ojos aquel contraste.

Se lleva provisiones, muchas provisiones, para comerlas en el cementerio nuevo, ó á falta de sitio, en el viejo.

Errando de tumba en tumba, bajo olivos centenarios, por poco piadoso, por poco compasivo que sea, el europeo se sorprende de que allí, como en tantos otros lugares de tierra africana, el cementerio sea un sitio de paso, un paseo para jiras. No se le puede recorrer de un lado para otro, sino derecho hacia el fondo: unas vallas conducen directamente al santuario, á su vez cerrado por un enrejado circular, donde se enredan plantas trepadoras. En el centro, bajo un cubierto rústico, soportado por unas estacas, se encuentra la gran losa de piedra blanca, bajo la cual reposa el Rabb.

El verdadero nombre del Rabb, fué Efraim Angaua. Era un judío español, que á fines del siglo XIV, huyó á Marruecos, y después á Tlemecen, donde hizo una entrada que dejó estupefacto á todo el mundo, montado en un grandioso león que guiaba con unas riendas formadas por una enorme serpiente viva. Detúvose junto á la gruta donde nace el manantial, hoy sagrado y dedicado á él.

Los musulmanes, entre atónitos y amedrentados respetaron á aquel desconocido taumaturgo y le permitieron morar en la ciudad. Efraim continuó estudiando el Talmud.

Fué también un hábil médico, y como curó á la hija del Sultán, enferma y desahuciada por todos, obtuvo en recompensa el permiso para hacer ir á Tlemecen á sus correligionarios de España y de Agadir y para construir una Sinagoga. Este fué el origen de la comunidad judía de Tlemecen.

Tan gran santo no podía dejar de hacer después de muerto los mismos y aun mayores milagros que hacía en vida. Y así, un mes después de la Pascua, los judíos de las regiones vecinas van á hacerle sus votos y sus peticiones, como los musulmanes van á hacerlos á Sidi Bu Medjan, el santón de El Eublad.

Junto á la rotonda sagrada, hay una especie de pasillo como una antesala. Está cubierto por un techo rústico; á cada lado hay un banco, y en tierra, esterillas. Los peregrinos se sientan, se quitan el calzado que unos galopines se lleva en seguida para trasladarlo á otro vestíbulo se-

mejante por donde se sale de la rotonda. Mujeres y mozas, algunas en traje indígena, se descalzan. Lo primero que ha de hacerse para visitar el santuario es tomar un baño para purificarse por completo; esto retrasa á algunas mujeres la fecha de la peregrinación, porque sabido es que hay épocas en que un baño no las purificaría bastante... Hay que hacer siempre la peregrinación

de los musulmanes suelen ser verdes, el color del Profeta.

Los hombres leen también narigoneando pasajes del Talmud, y familias enteras se instalan alrededor de la tumba, mascando puñados de terrones de azúcar empapados en anisete que se les da hasta á los niños de dos años, los cuales se emborrachan muy pronto. No mucho más que los adultos. Musulmanes y cristianos burlan de este rito, que consiste en beber anisete consagrado.

Alguna vez ocurre un incidente cómico. Tienen la culpa las modas europeas. De pronto, oyese una voz maternal que grita indignada:

—¿Qué es eso, Raquel? ¡De rodillas no!

Es el corsé de moda que impide ponerse en cuclillas á la devota. Y es un sacrilegio arrodillarse ante la tumba del Rabb como los cristianos.

Roja de rubor, confusa, la doncella, irreverente por culpa del corsé, se retira.

Al Rabb se le pide todo: hijos varones ó hembras, curaciones, riquezas, éxitos en los negocios. Así, puede verse á un peregrino poner sobre la losa del Rabb un gran paquete y beber entretanto el anisete consagrado. Es un comisionista peregrino, y en el paquete está su muestrario para que el Rabb bendiga su comercio. Basta poner algo sobre la piedra sepulcral ó comer alguna cosa que haya tocado para que el deseo del peregrino se cumpla.

Los hombres recitan las plegarias. Las mujeres apenas las saben y por lo general piden tener sucesión, y, con preferencia, masculina.

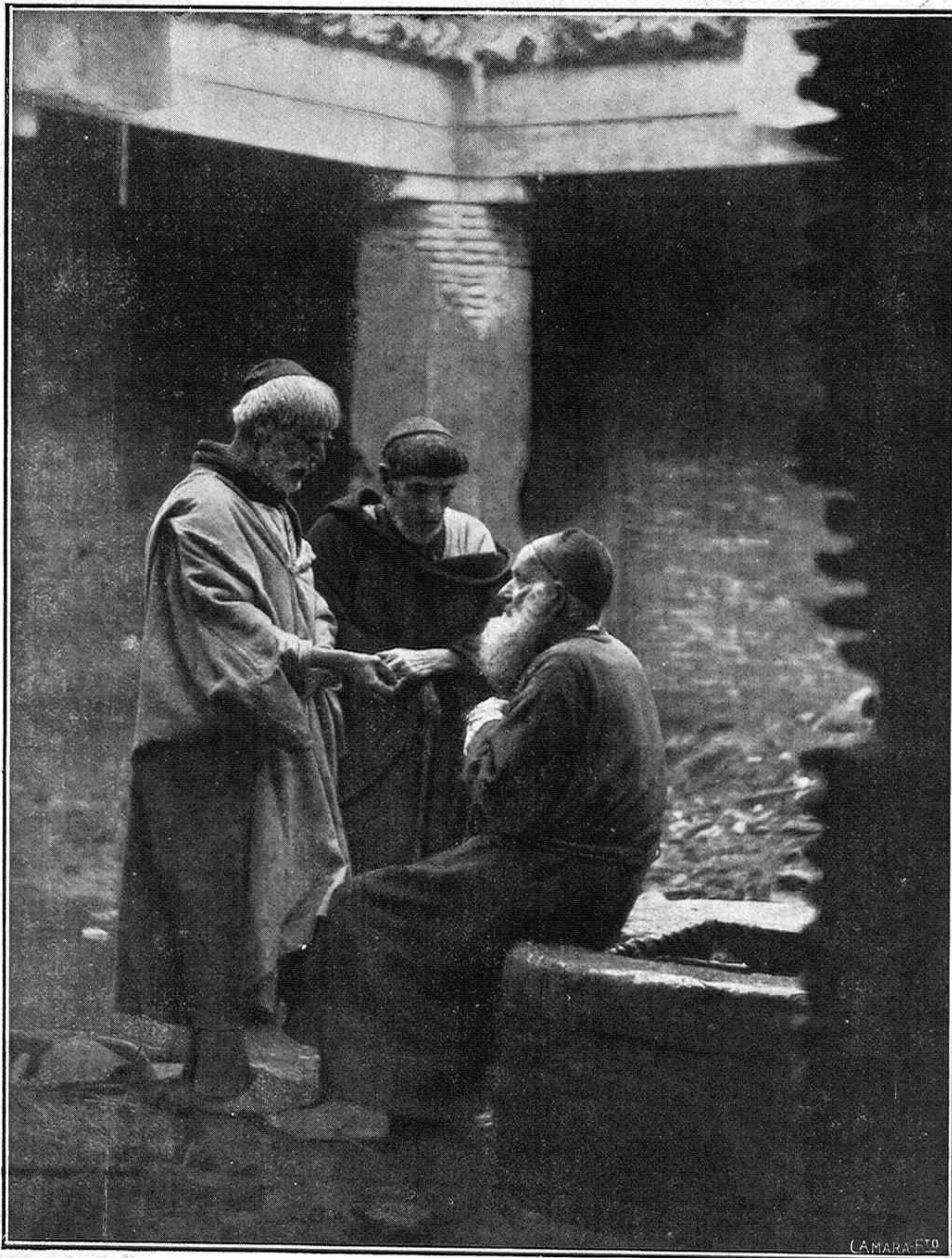
Cuando se ha concluido ya el rito en la gran piedra, se va á ponerse en cuclillas sucesivamente ante otras treinta y dos piedras más pequeñas, blanqueadas de cal, diseminadas irregularmente en el cercado y que representan los treinta y dos parientes y descendientes del Rabb; se las besa muy devotamente; algunos consagran aún más terrones de azúcar con anisete ó se contentan con tocarlas con la palma de la mano ó con la punta de los dedos

y besárselos después. Luego de lo cual los peregrinos pasan al vestíbulo de salida, vuelven á calzarse y se van á un rincón á comerse en familia las vituallas que han tenido la precaución de consagrar tocando la sagrada losa.

La fuente milagrosa está bastante lejos. No hay ya allí vallas, y se ve por todas partes familias merendando en pleno jolgorio. Las comidas al aire libre, sobre la hierba, vienen por la noche. Alrededor de la rotonda sagrada se encienden farolillos á la veneciana. Por todas partes se oye la música de los acordeones, el instrumento preferido de los judíos...

Y unas veces por obra del Rabb, y otras porque la romería degenera en ramería, como ya dijo un poeta español de las nuestras, lo cierto es que nueve meses después suele aumentar la población judía...

E. GONZÁLEZ FIOLO



Rabino conversando con dos ancianos judíos

FOT. ALVARGONZALEZ

nación en tres veces; la primera, para advertir al Rabb que se le va á pedir una cosa; la segunda, para pedírsela ya, y la tercera en acción de gracias y de despedida.

Una vez descalzo, el peregrino se traslada á la piedra sepulcral y la toca con sus manos; después se acurruca á un lado y la besa un gran número de veces formulando interiormente su deseo. En seguida se pone sobre la losa un terrón de azúcar sobre el cual se vierte anisete puro ó mezclado con agua del manantial del Rabb, aportada en un cubo por una vieja que no se mueve de allí ó por el propio peregrino. Come éste el terrón de azúcar, repitiendo siempre su deseo. La vieja del agua vende también cirios que hace arder sobre la losa sepulcral y que apaga lo más pronto posible en cuanto el orante se levanta, como hacen las buenas mujeres de nuestras iglesias. Estos cirios son blancos; los